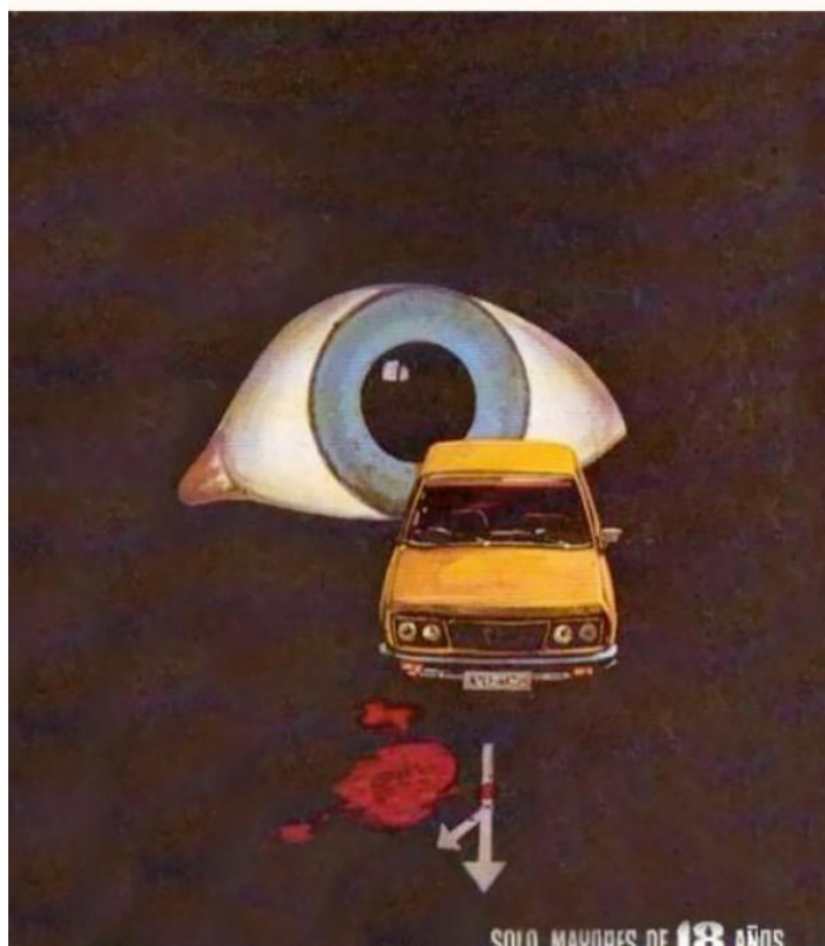




AUTO-STOP HACIA LA MUERTE

J. A. Dose





PUNTO ROJO



J. A. DOSE

AUTO-STOP HACIA LA MUERTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 969
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 27.333 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1980

© J.A. Dose - 1980

texto

© Jorge Sempere - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1980

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

938 — Dos cadáveres y una pelirroja.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.579 — Rapsodia en rojo sangre.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

488 — Sangre en río Diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

Sara Dougherty no tendría más allá de una cuarentena de años. Llevaba su cabello pelirrojo extraordinariamente rapado. Sus facciones eran duras, casi graníticas, y su complexión le daba un aspecto de gigantón. Estaba empleado en una compañía privada de transportes de seguridad.

En la cartera que llevaba unida a su muñeca izquierda por unas esposas solía llevar el importe de alguna nómina cuantiosa o documentos de importancia, para evitar un posible espionaje industrial y cosas parecidas. De su axila izquierda pendía un pesado revólver del 45, en cuyo manejo era experto.

Esta vez el encargo representaba una novedad para él. Tenía que recoger unos documentos en casa de un viejo científico y llevarlos a la oficina y laboratorio que la NASA tenía en Oakland.

Tenía que coger el vuelo 307 de Chicago a San Francisco. Y allí otro medio de locomoción a su elección hasta Oakland.

Normalmente, el FBI se encargaba de este tipo de envíos.

Pero esta vez se daba la curiosa circunstancia de que el agente encargado de dicho transporte había sufrido un extraño accidente dos horas antes de tomar el avión y se había decidido que otro agente lo sustituyera, pero sin llevar los documentos.

El sería quien los llevase en el avión siguiente.

Si alguien esperaba hacerse con ellos iba a llevarse una sorpresa.

En este tipo de profesión nunca se sabe dónde está el peligro, pero Dougherty era perro viejo en el oficio.

Olía el peligro a distancia.

Era como un sexto sentido que poseía y que no le había engañado jamás.

La sala de espera estaba atestada de gente. Por cada una de las tres puertas numeradas que daban a la pista saldrían los pasajeros de cada vuelo, con diferentes direcciones.

Había llegado con tiempo suficiente para coger el mismo avión que el agente señuelo. Pero las órdenes eran de esperar el próximo, para el cual tenía ya la reserva.

Al ver como los pasajeros subían a los autocares que les llevarían a través de la pista hasta donde estaba el *Boeing* que iban a tomar, se preguntó quién sería el falso portador.

No pudo identificarlo.

Se encogió de hombros, ése no era su problema.

Sonrió al pensar que nadie imaginaría que el empleado de una empresa privada, cuyo nombre llevaba en una insignia en el ojal de su solapa izquierda, era el portador de documentos oficiales.

Ese pensamiento le hizo sentirse importante.

¿Qué diría Martha, su esposa, cuando a su regreso le dijese que había estado jugando a espías?

Aún faltaba tiempo para que llamasen a los pasajeros de su vuelo, por lo que se encaminó al bar. No podían beber bebidas alcohólicas durante la comisión de un servicio, pero sí tomar café; y le apetecía de verdad.

Mientras, en Oakland, capital del condado de Alameda, alguien desde el laboratorio de la NASA llamaba desesperadamente al aeropuerto de Chicago.

Lo hacía desde una cabina desde donde podía contemplar al operador del centro, distraído en el manejo de clavijas de un gran tablero.

El sudor perlaba su frente de gruesas gotas. Se las limpió con el pañuelo y dio un suspiro de alivio cuando el aparato dejó de hacer el ruido de comunicar cambiándolo por la señal de llamada.

Respondió una telefonista de perezosa voz.

—Señorita, por favor. Es urgente. Aquí Oakland. Es necesario que avise a dos pasajeros del vuelo 204. Son los señores Morton y Cossgrave, deben hallarse en la sala de espera...

—Un momento, señor. Veré qué puedo hacer. Hace ya unos segundos que llamamos por los altavoces a los pasajeros de ese vuelo para el embarque.

—Por favor, es una emergencia. Haga lo imposible.

Apenas transcurridos dos minutos, una voz seca se puso al otro lado de la extensión.

—Morton al habla. ¿Quién llama?

—¡Quién va a ser, estúpido! ¿Es que has ido pregonando adónde ibas?

—No. Claro que no, jefe. Yo...

—Escúchame bien. No toméis el vuelo 204. Los documentos no van en él.

—Pero, jefe. No hemos perdido de vista a ese tipo. No ha podido desprenderse de ellos... ¡Y el avión va a salir en breves minutos!

—Escucha. Es un señuelo. No los lleva él. Los lleva un tipo que cogerá el siguiente vuelo. Un tipo pelirrojo. Yo sabéis lo que tenéis que hacer. No quiero fallos, Morton. Díselo a Cossgrove. ¿Estamos?

—O. K., jefe.

El hombre de la NASA colgó. Luego pasó ante el encargado de la centralita y lo saludó. Estaba convencido de que su conversación no había sido oída.

Mientras tanto, allá en el aeropuerto de Chicago, dos hombres con talla de mastodontes cambiaban los billetes del vuelo próximo a salir por otros del próximo vuelo Chicago-San Francisco.

Aún faltaba tiempo, y después de deambular por la sala de espera, se dirigieron al bar del fondo.

No tardaron en divisar sentado en la barra a un individuo alto, de cabello pelirrojo, cortado muy ralo.

Uno de los tipos, con cara de expúgil de los pesos pesados, se lo señaló a su compañero con un leve movimiento de cabeza.

—Ése es, Hermann.

Hermann Cossgrove clavó sus ojos en el individuo que le señalaba Bud Morton.

—¿Te has fijado? Lleva una cartera sujeta a la muñeca...

—Ahí debe llevar los documentos que buscamos —especuló el llamado Bud.

—¿Llevará la llave encima?

—No. Estos tipos llevan en las esposas un candado con combinación como cierre. No llevan llave. La combinación sólo la sabe el destinatario. Ni ellos pueden abrir esa valija, que por otra parte es fuertísima.

—¿Entonces?

—Ya puedes suponerlo, imbécil. ¿Cómo se la quitarías si no?

Hermann sonrió levemente. Le gustaba ver correr la sangre. Sí,

aquello iba a ser divertido.

De pronto, su rostro se ensombreció.

—¿Con qué lo haremos?

—Tendremos lo necesario en la maleta posterior del coche que nos aguarda en el aeropuerto de San Francisco. No te preocupes...

Hermann sonrió de nuevo como el chiquillo que recibe un juguete.

Sam Dougherty comprobó su hora con la del gran reloj que presidía la sala en lo alto de una de las paredes. Las cinco y once minutos. Introdujo la única mano que tenía libre, la derecha, en el bolsillo izquierdo de su americana, rozando la culata del 45 de reglamento que llevaba en la funda de la axila, y extrajo el pasaje y la tarjeta de embarque.

Dentro de pocos minutos se hallaría ya en el aire. Le gustaba volar, aunque tenía pocas ocasiones para ello. Su rutinario trabajo se desarrollaba corrientemente en el interior de Chicago. Si algo le gustaba del trabajo que le había sido encomendado era precisamente la oportunidad de aquel vuelo.

Sería tranquilo y relajante. El que tendría tal vez problemas sería el falso portador de los documentos, pero los muchachos del FBI estaban bien entrenados. El estaba confiado. Nadie sabía que los llevaba, ni su importancia.

Giró la vista en torno y analizó los rostros de quienes como él, esperaban ser llamados. Ningún rostro parecía peligroso. Era un pasaje normal. Los únicos fuera tal vez de un pasaje corriente eran aquellos dos boxeadores.

Pero ninguno de ellos parecía reparar en él.

Parecían muy alegres bromeando entre ellos.

No. No parecía haber nada anormal.

Sin embargo y al final de aquel vuelo, aguardaba la muerte.

El avión sobrevolaba ya San Francisco. La bahía iluminada con luces multicolores refulgía no muy lejana con dorados destellos. Sam Dougherty pudo admirar también las playas de la Golden Gate y Menlo Park con sus ricas residencias, cuyas luces parpadeaban como luciérnagas en la noche.

Pronto el aparato empezó a describir círculos y poco después tomaba tierra en el aeropuerto.

Dougherty se dirigió a la playa de aparcamiento que había cerca

de la terminal. Allí tomaría un taxi que le llevara al puerto para tomar un vaporcillo para Oakland.

Por rutina echó un vistazo tras de sí y frunció el entrecejo al darse cuenta de que aquellos dos tipos con complexión de montañas tomaban su misma dirección. ¿Era casual?

Aceleró el paso.

Finas gotas de sudor empezaron a aparecer en su rostro y notó humedad en la palma de sus manos.

¿Era manía suya o los otros habían acelerado también el suyo?

Gruñó.

Se estaba dejando llevar por la fantasía, y lo que era peor, por los nervios.

Se presumía que él no podía tenerlos.

No había mucha gente por allí, pero por otra parte el estacionamiento de taxis estaba próximo según indicara un letrero.

Cuando llegó a divisarlo, se ocupaba el último vehículo disponible. La parada quedó vacía.

Soltó una maldición, al mismo tiempo que volvía la cabeza. Asombrado, pudo ver que ya no se veían a aquellos dos individuos.

Sonrió sin poder contener un suspiro de satisfacción.

¡Qué bromas más pesadas gasta a veces la imaginación al desbocarse!

Se dispuso a esperar.

No tardaría en llegar algún taxi disponible.

No esperó más de dos minutos cuando vio uno que se acercaba.

Levantó la mano derecha para pararlo.

El vehículo se arrimó a la acera.

Abrió la puerta, y el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Uno de aquellos gorilas que vinieran con él en el avión era el conductor. El otro, sentado en el asiento posterior, le encañonaba con un 45 provisto de silenciador.

—Adentro, hermano —gruñó el de la pistola.

Sam Dougherty no tenía otra alternativa. Era estúpido desobedecer. Equivalía a suicidarse.

—¿Dónde me llevan? —preguntó cuando el coche arrancó.

No obtuvo respuesta.

—Quítale las uñas, Hermann —dijo Bud, que era el conductor del vehículo, sin volver la cabeza.

Hermann introdujo la mano izquierda bajo la americana de Dougherty y extrajo el 45 tirándolo sobre el asiento delantero.

La presión de su arma con silenciador sobre el costado del agente convenció a éste de que no debía moverse.

Habría de esperar una ocasión mejor.

Dougherty se hallaba inquieto.

Se daba perfecta cuenta de que en su recorrido esquivaban zonas concurridas, aunque no conocía la ciudad.

Además, estaban en pleno verano, y en verano raras veces llueve en San Francisco, pero el cielo está cubierto de nubes que a menudo se convierten en niebla.

Ahora era bastante densa.

San Francisco tiene cuarenta y ocho kilómetros de longitud por diez de ancho entre la bahía y el océano Pacífico, pero Dougherty se sentía incapaz de juzgar el rumbo que llevaban.

Poco después le pareció que entraban en un parque inmenso. Todo eran árboles alrededor de la calzada.

De pronto, el automóvil se detuvo, con un brusco frenazo.

—¿Dónde estamos? —preguntó el prisionero.

Tampoco esta vez recibió respuesta.

Bud Morton se apeó del coche, dirigiéndose a la maleta posterior. Hermann indicó con un movimiento del cañón de su arma a Sam Dougherty que se apeara.

—¡Cuidado con las tonterías, amigo!

—¡Malditos sean! ¿Qué puedo hacer con ese «petardo» en los riñones?

Hermann rió.

—¡Deme esa cartera!

—No tengo la combinación. Sólo la conoce el destinatario de lo que llevo dentro...

—Lástima, amigo. Porque necesitamos su contenido.

A Dougherty no le gustó el tono en que fueron pronunciadas aquellas palabras.

—No podría darles el contenido, aunque quisiera —gruñó el emisario.

Hermann Cossgrove rió a carcajadas y Bud le secundó mientras extraía un envoltorio de la maleta, cerrando nuevamente la tapa.

Dougherty miró aquel paquete con aprensión.

Sin saber por qué, no le gustaba su forma. Ni cómo se desarrollaba su conversación con aquellos tipos.

Bud desenfundó su arma y alargó el paquete a Hermann.

—Todo tuyo, Hermann —rió.

Hermann apartó del costado de Sam la pistola y la enfundó con deliberada lentitud.

Sus dedos manipularon ansiosamente en el paquete desliándolo.

Sam Dougherty desorbitó los ojos al ver su contenido y no pudo reprimir un grito de terror.

—¿Están locos? —gritó, blanco como el papel.

Dos carcajadas le respondieron burlonas.

El contenido del paquete destelló.

Era un hacha de reluciente filo.

Un nuevo grito se estranguló en la garganta del gigante pelirrojo.

—¡Dios mío! —Logró balbucir—. ¡No! ¡Eso no!

Cayó al suelo de rodillas.

Bud pisó la cartera.

Hermann levantó el hacha.

Un semicírculo de brillo hendió el aire.

Luego un ruido seco, un surtidor de sangre...

Y el brazo izquierdo de Sam Dougherty quedó cercenado en el suelo mientras el agente se desplomaba de bruces sin conocimiento.

Bud, agachándose, tiró de la cartera ayudándose con el pie para apartar la crispada y ensangrentada mano.

—¿Y ahora? —inquirió Hermann—. No creo que viva mucho. Pero nos ha visto y podría identificarnos...

—Acaba con él —dijo Bud, examinando la cartera.

Hermann sonrió con placer, enarbolando de nuevo el hacha.

La cabeza de Sam Dougherty saltó limpiamente separada del tronco. La sangre saltó de nuevo salpicando a los dos hombres.

—¡Maldito imbécil! —exclamó Bud, furioso—. Tenías un arma con silenciador, ¿no?

Podías haberle dado un balazo. ¡Mira cómo me has puesto!

—No pensé en eso... No creí que echara tanta sangre.

—¡Pues haber pensado! ¡No podemos pasearnos así!

—Lo siento de veras, Bud.

—Lo siento, lo siento... Eso no arregla nada. Vamos, ayúdame a

esconderlo tras aquel matorral, pero antes quítale la documentación y esa insignia. No nos interesa que lo identifiquen demasiado pronto.

Poco después, ambos subían de nuevo al coche.

En la maleta portaequipajes habían dejado el hacha envuelta nuevamente y la cartera que habían arrebatado al infortunado mensajero.

Pocos kilómetros más adelante vieron la luz de la casa de un guarda forestal, sin duda. Se dirigieron hacia allí. Tenían que limpiar algo sus ropas para no llamar la atención.

Aparcaron ante la puerta.

No hizo falta que llamaran, en el interior debían haber oído el motor del coche y salían a abrir.

—¡Buenas noches! —saludó un viejo que apareció en el vano de la puerta.

—¿Está usted solo? —inquirió Bud, apeándose.

—Sí. Mi hijo no ha vuelto aún y...

Bud desenfundó su arma jalando el gatillo.

Un suave taponazo y el viejo se desplomó con el más vivo asombro reflejado en sus ojos.

—No podemos perder tiempo, Hermann —gruñó Bud enfundando su automática—. ¡Ayúdame!

Bud cogió al viejo por debajo de los sobacos y Hermann por los pies y entre ambos lo entraron al interior, dejándolo sobre un diván.

En unos segundos recorrieron la pequeña mansión y después de asegurarse que estaban solos, pasaron al cuarto de aseo, donde con una toalla y agua caliente procedieron lo mejor que pudieron a borrar las manchas que la sangre de Dougherty había dejado en sus ropas.

—Llévate la toalla, Hermann —dijo Bud—. Ya la tiraremos luego lejos de aquí. Anda, vamos.

Y ambos subieron de nuevo en el coche.

Unos segundos después, sus rojas luces de situación se perdían en la noche.

Posiblemente el cuerpo de Dougherty tardaría en ser hallado. En cuanto al segundo crimen, su hallazgo constituiría un auténtico e indescifrable jeroglífico por fortuito e innecesario.

CAPÍTULO II

Eran ya las once de la mañana del día siguiente.

El nerviosismo flotaba en aquella reunión en la sede de la NASA en Oakland.

Se hallaba presente el agente-señuelo del FBI, el director y dos altos cargos. Uno de ellos era el profesor Brandon.

Este último era quien debía hacerse cargo de los documentos remitidos desde Chicago por el doctor Van Stratten.

Hacía rato que barajaban supuestos los allí reunidos acerca de lo que podía haber sucedido con los esperados documentos.

—No nos pongamos nerviosos —pidió Andrew Crofton, director del laboratorio—. Aún puede tratarse de un forzado retraso. De haber ocurrido algo grave e imprevisto creo que ya tendríamos noticias.

Terence Forrest movió la cabeza dubitativamente. Era el jefe de una de las secciones del laboratorio. El de la otra era Melvyn Brandon.

—Yo me inclino por creer lo mismo que Crofton. Esperemos que sea un simple retraso que tendrá una lógica explicación a no dudar.

El agente del FBI que había permanecido silencioso, gruñó:

—Debieron entregarme a mí esos papeles. Ya los tendrían aquí.

—O tal vez usted no habría llegado —murmuró Crofton—. Insisto en que algo está pasando. Veamos; el tal Dougherty debió llegar en el vuelo 307. Después que Allyson —señaló al agente del FBI—. Lo normal era que cogiera el *ferry* hasta aquí. Sólo hay diez kilómetros por mar. Una vez en Oakland desde el hotel tenía instrucciones de llamar. No lo hizo. Tenía que venir esta mañana a las nueve. Hace dos horas. ¡Y ni siquiera tenemos noticias! No sabemos si salió. ¡Si le ocurrió algo en San Francisco o si le ha ocurrido aquí ya en Oakland!

—O si se ha dormido en el hotel —insinuó Brandon—. Creo que

desorbitamos la cuestión.

—Quisiera compartir su optimismo, Brandon. Pero tengo un mal presentimiento —vaticinó Andrew Crofton.

—En cualquier caso, creo que debemos esperar algo más —sugirió Forrest—. Imagínense las consecuencias de una alarma infundada...

—No me gusta la posición en que me dejan —se lamentó Allyson—, mi obligación creo que sería la de dar cuenta a mis superiores. Es imprescindible saber si pudo haber una filtración. Esperar demasiado puede significar la pérdida definitiva de esos documentos, con todas sus consecuencias.

—¿Qué informes había del tal Dougherty? —insinuó Brandon.

—Magníficos —intervino Crofton—. Los tuve en mis manos. El tal Dougherty era un auténtico profesional con un historial inmejorable. Si algo ha ocurrido con los documentos, él no habrá tenido mejor suerte.

—¿Qué proponen, pues, que hagamos? —preguntó Forrest.

—Esperemos hasta las dos del mediodía. Pasada esta hora, creeré como ustedes que algo muy grave ha sucedido —decidió Crofton—. Mientras tanto, pueden ir ustedes a sus ocupaciones, luego nos veremos.

—Voy a hacer unas averiguaciones en la estación del *ferry* y en las de otras líneas de vaporcitos —decidió Allyson, levantándose como los demás—. Luego les veré. Cambiaron apretones de manos y cada uno salió de la estancia.

Albert Brandon era un detective privado de Los Ángeles. Por aquellos días escaseaba el trabajo. Había decidido visitar a su hermano en Oakland, de paso que se tomaba unas cortas y alegres vacaciones en San Francisco.

Hacía unos meses que Albert Brandon no veía a su hermano Melvyn y estaba deseoso de emprender el viaje. Además, acababa de recibir una carta de éste pidiéndole un favor de índole urgente y muy reservada. Ésas eran sus palabras textuales.

Ello le había causado una cierta sorpresa no exenta de inquietud, pues el hecho de que su hermano Melvyn trabajara en un laboratorio oficial daba a su petición un cariz intrigante.

Pensaba trasladarse a San Francisco y alquilar por unos quince

días un apartamento, ya que allí tenía algunas gestiones que efectuar. De allí a Oakland, que por mar estaba tan cerca, cogería algún vaporcillo o alquilaría un coche para ir por carretera.

No acababa de deducir para qué podía necesitarle Melvyn y ello le preocupaba, pues ya de joven su hermano había sido muy dado a meterse en problemas.

Y si se había metido en alguno trabajando en la NASA...

Recordaba a un buen amigo de ambos, Curt Miller. Si mal no recordaba o él o un hermano suyo estaban en el FBI; sería interesante citarse con él. Para un buen consejo nada mejor que un buen amigo.

El *ferry* de San Francisco a Oakland acababa de atracar en el muelle. Bud Morton y Hermann Cossgrove descendieron por la estrecha pasarela. Eran las diez de la mañana.

Dentro de una hora se entrevistarían con su jefe, Se habían citado en una cafetería que había casi frente al laboratorio de la NASA. Algunos altos cargos estaban autorizados para frecuentarla. Éste era el caso de su jefe.

Tenía que comprobar que los documentos fueran los genuinos y debía añadir a ellos un nuevo documento con algunas cifras y aclaraciones. Luego les indicaría a quién debían entregarlos.

Habían comprado un diario antes de salir de San Francisco. En un pequeño recuadro de tercera página se hablaba del alevoso asesinato del padre de un guardabosques. No existían pistas.

Del cuerpo de Dougherty no se hablaba. Ello indicaba que casi con toda seguridad no había sido des cubierto aún.

Perfecto. Ello les daba un buen margen de seguridad.

Era temprano para coger un taxi. De modo que decidieron tomar un tranvía de los muchos que hay en Oakland [1].

Cuando llegaron, el que les había citado allí ya les aguardaba.

Se trasladaron a una mesa apartada. No comenzaron a hablar hasta que el camarero les hubo servido.

Había ansiedad en el rostro del personaje de la NASA.

—¿Tenéis los documentos? —inquirió nervioso.

—Sí, jefe —dijo Bud ominosamente, tendiéndoselos—. Fue condenadamente fácil. —Y comenzó su relato, desde que utilizaron el taxi robado que les habían preparado.

Al llegar a la muerte de Dougherty, el hombre de la NASA levantó la mano interrumpiéndole.

Su rostro era una máscara de color cerúleo.

—No entremos en detalles —gruñó—. No me interesan.

Bud le contó a continuación lo del viejo de la cabaña.

—¡Maldición, Morton! ¿Es que teníais que sembrarlo todo de cadáveres para haceros con los papeles?

—No quedaba otro remedio, jefe. Se lo aseguro...

—Bien, ahora ya no tiene remedio —gruñó el jefe, abriendo el gran sobre que Morton le había entregado. Durante unos largos minutos se enfrascó en la contemplación de unos papeles llenos de dibujos y fórmulas.

Al fin hizo una mueca de satisfacción.

—Esto es lo que buscábamos, muchachos. Ya casi tenemos el dinero en el bolsillo.

Sonriendo aún se sacó unos papeles del bolsillo interior de la americana y los incorporó a los otros dentro del sobre.

—Ahora ya están completos. Sólo me falta revisarlos con cierto detenimiento esta noche.

—¿Qué hemos de hacer ahora, jefe? —preguntó Hermann.

—Yo no puedo salir del laboratorio. Ni me interesa por ahora solicitar un permiso que pudiera despertar recelos. Estos documentos hemos de entregarlos al profesor Stefan Mrozewski, ya tenéis su dirección. El hará el contacto que nos interesa y repartirá el botín.

—¿No habrá problemas con eso? —Gruñó Bud, con acento de duda.

—No. Yo respondo. Mañana a esta hora volveremos a encontrarnos aquí y os daré los documentos para que los entreguéis —añadió, guardándoselos y levantándose—, pero antes, como ya os he dicho, quiero hacer unas comprobaciones. Un error... y adiós, negocio.

Bud y Hermann se levantaron a su vez. El primero con cara sombría.

—Espero que mañana esté aquí con ellos, jefe. Recuerde que por ese puñado de papeles hemos matado dos hombres.

—No seas imbécil, Bud. ¿Es que desconfías de mí? No sería tan loco de traicionaros. Eso podría costarme muy caro, pues sabéis

quién soy y tendría muchos problemas ahí enfrente. —Y señaló el edificio de la NASA—. En cuanto a lo de matar, no lo habéis hecho por un puñado de papeles... sino por un montón de dólares —añadió, secamente.

—Está bien, jefe, no lo tome a mal, yo sólo quería aclarar las cosas...

—Pues ya está todo claro. Mañana, a la misma hora, aquí.

El hombre de la NASA dejó unos billetes sobre la mesa y salió precipitadamente. Bud y Hermann lo hicieron poco después.

Habían transcurrido cinco horas de la conversación que Melvyn Brandon sostuviera con los dos «torpedos». Estaba de nuevo en la cafetería, pero ahora en compañía de su hermano Albert.

Había obtenido un permiso especial para salir; atendiendo a la visita familiar, ya que había bastante revuelo en el laboratorio y oficinas de la NASA. La desaparición de los documentos que debiera haber entregado Sam Dougherty y la importancia de los mismos había motivado una seria investigación para descubrir el origen de una posible filtración. En consecuencia, había repasado por encima después del almuerzo los peligrosos documentos y los llevaba en un sobre en blanco para entregárselos a su hermano Albert. Sería un mensajero más seguro que Bud y Hermann. De antemano lo había pensado así, y ahora se alegraba, pues prefería no tener encima ni un minuto más aquellos peligrosos papeles.

Después de una charla intrascendente fue Albert el primero en abordar el tema.

—Melvyn... en tu última carta me hablabas de un favor urgente que yo podía prestarte, ¿recuerdas?

—Claro, muchacho —sonrió Melvyn, dando una palmada de afecto en la espalda de su hermano—. Bueno, tú estás acostumbrado a líos y misterios. No hay nada de eso. Simplemente son unos apuntes que deseo enviar a alguien y prefiero no hacerlo por correo. Son un trabajo particular mío que deseo consultar y lamentaría que se extraviase, por ello los he puesto en este sobre.

Y sacó un abultado sobre cerrado que entregó a Albert.

Éste lo tomó en silencio.

—No lleva dirección.

—Es ésta. —Y Melvyn Brandon entregó una tarjeta con dos direcciones a su hermano, ambas de San Francisco.

Éste la tomó y leyó los nombres: profesor Stefan Mrozewski y señorita Carla Simms.

Debajo de cada uno había la correspondiente dirección y teléfono.

—Hay que entregarlos en la dirección del profesor. La otra dirección es de una buena amiga. Si te ocurre algo, visítala. Ella está también al tanto de ese envío.

—Bien, Melvyn. Mañana por la mañana los llevaré. Te dejo ahora. Sé que no puedes salir mucho rato.

Melvyn pagó las consumiciones y ambos hermanos se abrazaron antes de separarse.

Albert le había dado a su hermano su dirección en San Francisco, así como la promesa de que después de entregar los documentos volvería para notificárselo y, a ser posible, para comer juntos.

Melvyn esperó a ver subir a su hermano en un Mustang azul. Luego, en lugar de dirigirse al edificio de la NASA, volvió a entrar en la cafetería, ocupando la mesa retirada del día anterior. Apenas faltaba media hora para que llegaran Bud y Hermann.

Apenas tuvo que esperar veinte minutos y ambos gorilas hicieron su aparición.

—Hola, jefe —saludó Bud.

Hermann emitió un gruñido parecido.

—Sentaos —dijo Brandon.

Pidieron tres *whiskys* al camarero que vino a atenderles y Brandon comenzó:

—Os he llamado a la dirección de vuestro alojamiento porque han surgido unas variaciones en nuestro plan inicial y era, preciso que os viese.

Los dos gorilas se miraron y se revolviéron inquietos en sus sillas.

—Era muy peligroso para todos que siguiese conservando esos papeles en mi poder. Además, de un momento a otro pueden incomunicarnos por unos días. Con el fin de que no hubiese problemas, he aprovechado la visita de mi hermano Albert y se los he entregado para que los lleve a Mrozewski y...

—¡Pero, jefe! —saltó Bud—. Eso es una locura. No me gusta nada.

Hermann frunció el ceño.

—¡Bud tiene razón! ¡Eso no era lo acordado! —gruñó.

—¡Escuchadme! Luego hablaréis —dijo imperiosamente Brandon—. Mi hermano lleva un Mustang azul.

Ésta es su dirección. —Les tendió la nota que le había dado Albert—. Mañana por la mañana temprano saldrá para llevarlos a Mrozewski. Sólo tenéis que llamarlo diciéndole que los lleva mi hermano, pero que nada sabe del asunto, debe limitarse a tomarlos y seguir con lo acordado. Vosotros seguiréis a mi hermano.

—¿Y si no cumpliese el encargo y no los llevase a Mrozewski? ¿Qué hemos de hacer? —Gruñó Bud, entornando los ojos.

Hubo unos segundos de silencio.

Melvyn Brandon miró a ambos asesinos con fijeza.

—Entonces debéis recobrar los documentos, pero que quede bien claro... ¡No debéis tocar a mi hermano! ¿Entendido?

Dos movimientos afirmativos de cabeza fueron la respuesta.

CAPÍTULO III

Albert Brandon era un buen detective. Y, como tal, tenía un buen olfato.

Tal vez por ello estaba acreditado como un buen fisgón en Los Ángeles.

Algo olía mal en el encargo de su hermano.

Y quería saber qué era, pero sin perjudicarlo.

Por otra parte, un error suyo podría enturbiar las buenas relaciones que ambos sostenían.

Mientras iba hacia San Francisco no cesaba de meditar.

Un *snack*-parador le dio una idea. Paró, y ya en el interior, se dedicó a despegar el sobre.

Estaba en blanco.

Podía romperlo y sustituirlo. Nadie iba a saberlo.

Frunció el ceño cuando vio su contenido. Las fórmulas eran para él como un libro en chino. En cuanto a los dibujos..., eran clarísimos. No podía tener dudas.

¿Entregar aquello a un extranjero?

No, antes como ya había pensado de antemano intuyendo lo que podía pasar, hablaría con Curt Miller.

Hacía años que no se veían, pero él era el hombre idóneo para consultarlo acerca de lo que debía hacer.

Sí, aquella noche lo llamaría a Sacramento. Podrían verse por la mañana, antes de tomar una decisión con respecto a aquellos documentos.

Bud y Hermann no quedaron muy convencidos con la brillante idea de su jefe.

No era la primera vez que mataban, pero les disgustaba hacer el trabajo sucio, el peligroso... y que los demás se comieran la sopa boba.

Iban de nuevo en el *ferry* camino de San Francisco.

—Oye, Bud. ¿Qué opinas de lo sucedido?

—No me gusta —masculló el aludido.

—¿Qué podemos hacer?

—Yo no llamaría aún al tal Mrozewski. Hay tiempo para eso. Lo que haría es vigilar desde bien temprano mañana a ese pollo, hermano de Brandon, si va camino de la casa de Mrozewski, entonces llamaremos siguiendo las instrucciones, en el mismo momento que entre. Si no va a casa de Mrozewski... Yo no pienso dejar que se me escape mi parte.

¿Y tú?

—¡Tampoco, claro! ¿Qué haríamos entonces? —dijo Hermann.

—Quitarle los documentos.

—Nos vería y podría identificarnos.

—¿Una vez muerto?

Hermann rió. Luego su rostro fue ensombreciéndose.

—¿Qué te pasa?

—Y el jefe... Eso no iba a gustarle.

—Tampoco le gustaría quedarse sin su pasta. Y si el hermanito nos la quiere jugar, entonces haremos nosotros el negocio con ese Mrozewski, no necesitamos a nadie más. —¿Y la chica?

—Ésa, desde luego, no cobra.

Hermann volvió a reír.

—Eres un gran tipo, Bud. ¡De verdad!

Eran las siete de la mañana.

Bud y Hermann fumaban tranquilamente sentados en un flamante automóvil que habían alquilado la tarde anterior, sin perder de vista la puerta de la casa donde había arrendado un apartamento Albert Brandon. No le conocían personalmente, pero su automóvil, el Mustana azul, estaba allí.

Sólo tenían que seguirlo. Melvyn les había dado una fotografía de Albert no muy reciente, pero este sistema les pareció mejor.

Arriba, en el apartamento, Albert se estaba afeitando.

La noche anterior había podido comunicar con Curt Miller. Le había contado solamente lo suficiente para intrigarlo hasta el punto de que accediese a que se vieran en un motel de la carretera 40. Lo había localizado por casualidad, ya que aquella misma noche salía

para Stockton, donde debía estar al día siguiente al mediodía.

Al cabo de un rato, ya arreglado y vestido, Albert Brandon tomó el elevador para ir a la calle. Sin saber por qué exactamente, había sacado de su maleta su Walther del 7,65 y la colgó del arnés, bajo su axila izquierda.

Ya en la calle subió al Mustang azul y tras consultar un plano que sabía debía llevar en el departamento del tablier, puso el coche en marcha y se encaminó en dirección a la salida de San Francisco por la carretera 40 que lleva a Stockton.

No advirtió que un sedán negro arrancaba tras él.

Tampoco podía saber que en cuanto sus ocupantes se dieran cuenta de que no se dirigía a la dirección de Stefan Mrozewski, sino a la carretera 40, habría firmado su sentencia de muerte.

Cruzaron varias calles, atravesando la plaza de la Unión y recorrieron una buena parte de la calle del Mercado.

No tardaron Bud y Hermann en advertir que Brandon no llevaba el camino que llevaba a casa de Mrozewski, antes bien, se alejaba.

Bud soltó una maldición.

Tenían que interceptar al Mustang azul y recobrar los documentos.

Peor para Brandon si no quería aceptar su juego.

El único inconveniente era que la zona por la que transitaban estaba demasiado poblada, tendrían que esperar a salir a una zona de menos tránsito para resolver la situación.

No tardaron en llegar a un suburbio de San Francisco bastante solitario.

Morton aceleró y trató de emparejarse con el Mustang.

Brandon advirtió la maniobra por el espejo retrovisor sin recelar. No había advertido la persecución de que era objeto y redujo levemente la marcha.

Ambos coches quedaron dándose el costado a escasa distancia el uno del otro.

Instintivamente, Albert Brandon echó una ojeada al coche que parecía querer rebasarlo.

Iban dos tipos en él. Llevaban la ventanilla bajada y por ella asomó el cañón de una automática de grueso calibre provista de un tubo silenciador.

Frenó instintivamente y una bala rozó el capot a escasos

centímetros del cristal parabrisas. De no haber tenido ese reflejo, posiblemente le habrían volado la cabeza.

Se quedó mudo de asombro.

¿Por qué habían intentado matarle?

No tuvo tiempo más que de dar un brusco golpe de volante para evitar dos nuevos balazos del coche negro que ahora le precedía.

Aquellos tipos debían estar locos, rematadamente locos.

Pero lo estuvieran o no, él corría un gran peligro.

Sin pensarlo dos veces, extrajo su Walther del arnés y, asomándola por la ventanilla, disparó a las ruedas posteriores del sedán.

Al tercer disparo vio cómo el otro coche se bamboleaba.

Tuvo el presentimiento inmediato de que tal vez los documentos que llevaba eran los causantes de la agresión. En cualquier caso, no pensaba parar, si bien redujo la velocidad para ver la identidad de sus atacantes. Por si los conocía.

Eso le resultó fatal.

Cuando los alcanzó, Hermann por encima del volante vació el resto del cargador contra la puerta. De los cuatro balazos que dejaron en la puerta contraria del Mustang cuatro limpios orificios, dos de ellos mordieron la carne de su costado.

No eran heridas graves, pero la pérdida de sangre o una infección podrían ser causa de algo peor.

Brandon no estaba en condiciones de hacer frente a sus desconocidos enemigos y por ello no paró. Se limitó a esquivar el coche negro.

Los del sedán quedaron echando maldiciones. Luego les vio por el espejo retrovisor, ya desde muy lejos, cómo se disponían a cambiar la rueda.

Sonrió entre dientes. No volverían a alcanzarle.

No sabían adónde se dirigía.

Era preciso que llegara al motel Paradise. Allí se entrevistaría con Miller.

Unos kilómetros más adelante se sintió peor.

Aparcó un momento junto al arcén para taponarse las heridas con el pañuelo. Si se sentía mucho peor, entregaría el sobre a alguien que pudiera mandarlo a Curt Miller en Sacramento.

Hermann Cossgrove acabó de asegurar la tuerca del último

espárrago que fijaba la rueda de recambio.

Mientras, Bud Morton hacía descender el elevador.

Ninguno de los dos entendía cómo se les había podido escapar su presa. ¡Tenía que estar herido! Pero su coche hacía ya un buen rato que se había perdido en la distancia.

¿Adónde se dirigía el maldito?

Subieron rápidamente al sedán y Morton aceleró cuanto pudo tratando de recuperar la ventaja que les llevaba.

Media hora después llegaban a una estación de servicio.

Tenían que repostar gasolina.

Y de paso mostrarían la fotografía de Brandon. Tal vez lo hubieran visto.

CAPÍTULO IV

Iba al volante de mi Chrysler. No les digo el año del modelo, pero ya rozaba la antigüedad suficiente para figurar en un rallye de glorias de antaño. Iba de San Francisco a Stockton por la carretera 40 para cobrar una minuta que me adeudaban. No suelo tener clientes remolones porque cobro por adelantado. Pero aquél era un caso especial. En realidad era una clienta y pretendía pagarme sin gastar un solo dólar. Ya me comprenden, ¿no?

Voy a presentarme. Mi nombre es Roy Nelson, exteniente de policía, conocido en el correspondiente ambiente como Ciclón Nelson. Digo que soy exteniente porque me invitaron cortésmente a dejar la policía. Mis superiores no compartían mis métodos para llegar al final. Los tortazos que repartía eran de antología.

Ahora me dedico a fisgón. Así nos llaman a los detectives privados. No me va mal. Siempre tengo un billete en el bolsillo y, además, una secretaria rubia que quita el hipo y las malas ideas. Estas últimas las quita a tortazos que nada tienen que envidiar a los míos.

Tengo el rostro moreno por ir frecuentemente a la playa o al solarium de mi club. El cabello bronceado. Tipo atlético. Ojos fríos como el hielo y una buena figura. Modestia aparte, tengo éxito entre las féminas.

Miro el indicador de carburante. Hace un rato que parpadea la luz roja. Tendré que repostar en la próxima estación de servicio.

No hago frecuentemente este trayecto, pero me parece recordar que hay una gasolinera a unas seis millas de donde estoy.

Son las diez y media de la mañana y el sol calienta ya que es un primor. Sin poderlo evitar, evoco con nostalgia la piscina de mi club.

Al fin veo a lo lejos el anuncio indicador de la proximidad del área de servicios y poco después aparco frente a uno de los postes

de gasolina.

Mientras espero mi turno, no puedo evitar oír la conversación que con el empleado sostienen los dos mastodontes que van en el coche inmediatamente anterior al mío en la cola.

Llevan una fotografía en la mano. Estirando un poco el cuello, veo que es de un hombre cuarentón no mal parecido.

—¿Ha visto hoy pasar por aquí un Mustang azul conducido por este hombre? —pregunta uno de los gigantones.

El empleado mueve negativamente la cabeza, tras echar una ojeada a la fotografía.

—No. No lo recuerdo. Pasan tantos coches... Tal vez mi compañero...

Le dejan la fotografía y se aleja a buen paso hacia el otro dependiente que está revisando el aire de las ruedas de un Ford.

Mientras, los dos tipos se vuelven hacia mí y uno de ellos me dice:

—Perdone, amigo. Es sólo un momento.

—No hay prisa —digo cortésmente.

Tienen pinta de matones. No los tengo vistos, cosa, rara, pues conozco a la mayoría de los de San Francisco, pero hay que reconocer que son educados.

El empleado regresa con la fotografía en la mano.

—¿Iba solo? —les pregunta, devolviéndoles la cartulina.

Titubeaban desconcertados.

—Sí. Creo que sí —dice el que parece llevar la iniciativa.

—Es que mi compañero recuerda un Mustang azul que pasó por aquí a eso de las diez.

El hombre se parecía mucho al de la foto. Pero le acompañaba una rubia.

—¿Una rubia? —Parecen sorprenderse.

—Sí, una chica joven, muy rubia.

Se miran. Mientras, uno de ellos paga el servicio, agregando cinco pavos por la información.

—Está bien, gracias.

Luego montan en su sedán negro y parten como una flecha.

—¿Qué va a ser? —pregunta el empleado, dirigiéndose hacia mí.

—Gasolina. A tope.

Poco después salgo de nuevo a la carretera 40.

Mi oficio de fisgón, hace que sienta una cierta curiosidad. No es frecuente preguntar por alguien con una fotografía en la mano. Por otro lado, aquellos tipos no parecían del FBI y menos policías. ¡Al diablo!

Sólo separan unas sesenta millas a Stockton de San Francisco, pero debido al tráfico encontrado hasta ahora, empiezo a estar harto de conducir.

De pronto, abro unos ojos como platos al verla a lo lejos.

¡Vaya hembra!

Hace la típica señal del que hace *auto-stop* y paro arrimándome al arcén, sin adivinar el lío en que me voy a meter.

Sonríe nerviosamente.

Mi subconsciente anota este detalle, aunque, por el momento, no le doy la menor importancia. En parte es lógico.

—Voy a Stockton, señor. ¿Puedo subir? —me dice.

—Sube —le digo tuteándola, mientras abro la puerta delantera del lado opuesto.

Vacila brevemente.

Luego sube, cerrando la puerta. Me mira fijamente. El coche está con el motor en funcionamiento, pero aún no he puesto una marcha. Arranco finalmente. Ella mira hacia atrás. Parece que le preocupa algo. ¿Que la sigan, tal vez? Es una rubia. Y, además, espléndida.

Deshecho ese pensamiento. El ser detective privado hace que a veces retuerza uno la realidad. ¿Por qué habrían de seguirla?

—¿Tiene un cigarrillo? —me pregunta al cabo de un momento.

—Sí —le digo, señalando la guantera.

La abre y da un pequeño respingo al ver mi Magnum, que está junto a un paquete de cigarrillos comenzado.

Toma uno y cierra de nuevo apresuradamente. Nerviosamente oprime el botón del encendedor automático.

—¿Policía? —dice sin mirarme.

—¿Lo dices por la pistola? No, no lo soy.

Me mira con espanto.

—Soy detective privado —aclaró—. Me llamo Roy Nelson. Roy para los amigos.

Suspira.

—¡Qué susto me ha dado! —dice.

Quizá sea intuición, pero sospecho que tampoco le ha gustado que sea un fisgón.

Enciende el cigarrillo y da una larga bocanada.

—Me llamo Sonia —dice al momento, expeliendo él humo.

Parece que va a añadir algo más, pero se calla.

Vuelvo el rostro ligeramente y la miro especulativamente.

Debe tener unos veintitrés o veinticinco años.

Viste una blusa de tipo mejicano muy transparente y corta minifalda verde, finas medias *pantys* y zapatos de alto tacón. No había reparado aún con detenimiento en sus esbeltas y bien torneadas piernas.

—¿Satisfecho del examen? —me dice con descaro, mirándome fríamente.

Me siento como el colegial sorprendido copiando.

—Estaba admirándola.

—¿Y qué más? —sonríe con frescura.

—¿Ha de haber algo más?

—Tal vez algún pensamiento peligroso.

—¿Peligroso? ¿Para ti? No, muñeca. La hembra es siempre la más peligrosa de la especie.

Ríe abiertamente.

—Me gustas —dice, tuteándome.

—Eso sí puede resultarte peligroso —murmuro.

Se hace un breve silencio entre nosotros.

—¿A qué te dedicas? —pregunto.

—A hacer auto-stop —dice tranquilamente.

Me ha sorprendido. La miro de reojo, pero no parece advertirlo.

—Así consigo dinero para vivir —se explica—. ¿Te extraña? Es fácil. Paro un coche con un hombre solo, lo conquisto, bueno, quiero decir que lo convenzo, para ir un rato a un motel y ya puedes imaginar el resto. Así voy viviendo..., gano bastante.

Me ha sorprendido. No parece una zorra profesional.

Viendo su aspecto no lo hubiera supuesto. Debo estar en baja forma.

—¿Sorprendido? —me dice.

Contesto con un gruñido. No sé qué decir.

—Podemos parar un rato en un motel, si no tienes mucha prisa, ¿no crees? Me gustaría hacer el amor contigo.

La chica no se anda por las ramas.

No me gusta el planteamiento, pero después de echar un nuevo vistazo a sus piernas, que enseña casi en su totalidad, decido que como no soy de piedra, no tengo por qué aparentarlo. Por otra parte, no tengo mucha prisa. Así que le digo:

—De acuerdo, nena. ¿Por qué no? Ya me indicarás dónde quieres parar.

Se arrima más a mí y me da un beso en la mejilla.

Comienza la función.

Al cabo de un momento me he convencido. La chica tiene vocación de pulpo. ¡Y yo con el volante en las manos!

CAPÍTULO V

El Paradise Motel es un conglomerado de *bungalows* en doble hilera a partir de la construcción que sirve de recepción.

Sitúo mi Chrysler en un lugar conveniente de la pía ya de aparcamiento que hay enfrente y bajamos.

Nos asignan el *bungalow* número tres, sin extrañarse de que no llevamos equipaje ninguno de los dos. Me parece advertir una sonrisita en el tipo que hay detrás del mostrador.

Sus ojillos porcinos no han cesado de recorrer la figura de Sonia mientras relleno la ficha.

—Bien, ya está —digo a Sonia cuando termino.

Asiente y vamos hacia la puerta, precedidos por el conserje.

El *bungalow* número tres resulta ser el tercero, pero de la segunda hilera. El empleado lo abre, enciende las luces y me da las llaves. Le doy un par de dólares y se despide con un irónico ¡buenas noches!

Digo irónico porque son las once y media de la mañana. Cierro la puerta y paso el cerrojo.

Sonia deja el bolso sobre la cama y se pega a mí como una lapa. Abre la boca como una flor y la mía con su estilete se hunde en ella. Nuestras lenguas inician su dulce combate.

Nuestras manos, pese a estar abrazados, no han permanecido quietas y el resultado es una subida de presión mutua.

Lentamente nos vamos despegando el uno del otro y comenzamos a recobrar el ritmo de la respiración.

Es entonces cuando reparo en el largo y abultado sobre que sobresale de su bolso.

—¿Qué diablos llevas ahí, muñeca? —le digo, señalándolo—. ¿El guión cinematográfico de *La Biblia*?

Palidece.

—Esta mañana... —Empieza iras una vacilación.

—Sigue —la animo.

—Esta mañana —repite— paré un coche, antes de que tú me encontraras. Iba un hombre solo en él, como ya supones. Me senté en el asiento delantero y apenas había puesto el coche en marcha, me di cuenta de que estaba herido. En el costado izquierdo, su camisa y su americana estaban empapadas de sangre. Me asusté. El miraba continuamente por el retrovisor. Le dije que parara y miraría de vendárselo. Me dijo que no podía perder tiempo, que me había recogido para pedirme un favor. Que mandara ese sobre a una dirección y me dio cien dólares. No quería aceptarlos, pero me convenció. Me dijo que era del FBI y que lo perseguían que bajara del coche rápidamente cuando él parara y que después de mandar el sobre, me olvidase de lo sucedido. Me sabía mal dejarlo así, pero lo hice. Frenó en seco, me dio una palmadita en la pierna y bajé. Lo vi perderse a lo lejos. Pasaron luego varios coches que no me interesaron hasta que vi el tuyo. Eso es todo.

Mi cerebro, acostumbrado a estos líos, empezó a trabajar veloz.

—¿Iba en un Mustang azul?

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —me pregunta.

—Sobre las diez de la mañana pasasteis frente a la estación de servicio, ¿no es así?

—Sí —dijo la chica cada vez más sorprendida.

—¿Qué dirección te dio para el envío? —preguntó.

La chica saca el sobre que se halla en blanco y cerrado y un papel donde hay anotada una dirección y un nombre:

CURT MILLER

612 Calle Veinticinco. Sacramento.

No es la dirección del FBI. Veo un poco turbio todo ese asunto y decido que será interesante conocer el contenido del sobre.

—¿Sabes lo que estoy pensando, nena? Ya me encargaré yo del envío. Conozco a Miller —miento descaradamente—. Es, en efecto, un agente del FBI. Hace un año intervinimos juntos en un caso.

—Me quitas un peso de encima, Roy. Gracias.

Meto el papel y el sobre en el bolsillo de mi americana, luego me la quito y la cuelgo en el perchero. Empiezo a deshacerme el nudo de la corbata. Y ella, sonriendo pícaramente, comienza a desnudarse.

En breves segundos queda en un sucinto sujetador negro y unas diminutas braguitas que asemejan ser de tela de araña.

—Enseguida vengo, Roy. Voy al cuarto de aseo.

Le doy una palmadita en la nalga y mientras la espero me dedico a investigar si hay algo de beber en lo que parece ser el mueble bar.

Está bastante bien surtido. Me sirvo un generoso Johnny. Casualmente, el único *whisky* que hay es el mío favorito. En la nevera encuentro unos cubitos de hielo y los sumerjo en el vaso.

Apenas he dado un sorbo y Sonia reaparece. Ya no hay un centímetro de tela sobre su morena piel.

En su mano lleva las dos prendas íntimas que arroja sobre un sillón.

Apuro el *whisky* de un trago y la sigo hacia la cama. Tras unos minutos de escarceos amorosos, alcanzamos la cumbre del placer.

Quedamos un rato en silencio. Ella me pregunta:

—¿Lo has pasado bien, amor?

Sí, lo he pasado bien. La chica sabe su oficio.

—Naturalmente, Sonia —le digo sinceramente.

—¿Sabes lo que me gustaría ahora? Me apetece mucho...

—Tú dirás —respondo.

—Un cigarrillo. Pero dejé otra vez el paquete en la guantera de tu coche.

Una idea no ha dejado de dar vueltas en mi cabeza. Es el momento de ponerla en práctica. Por ello me ofrezco, veloz, saltando de la cama.

—Voy a por un paquete a la recepción y vuelvo. ¿Qué marca prefieres?

—Si tienen, mejor Winston o Benson, Roy. Gracias.

Me pongo la ropa con rapidez de cuartel y lanzándole un beso con los dedos, abro la puerta para salir.

—Será mejor que cierres por dentro, nena —le digo.

—Por un momento no vale la pena. Se está tan bien aquí..., en la cama.

—Perezosa —digo, sonriendo.

Y salgo.

Hubiera podido cerrar yo mismo con la llave y llevármela para abrir a la vuelta, pero en el fondo ella tiene razón, sólo va a ser un momento y no me gusta dejar a nadie encerrado.

Mi intención, aparte de comprar los cigarrillos para Sonia, es enviarme el sobre a mi oficina por correo.

Los dos individuos del sedán negro sin duda era lo que pretendían del individuo que se lo confiara a la chica.

Era mejor no llevarlo encima, y más sin saber lo que contenía.

Por otra parte, en mi oficina lo abriría antes de enviarlo a aquella dirección.

¿Conque del FBI y no lo mandaban a su central o a una delegación? A otro perro con ese hueso.

Había mucho de raro en todo aquello.

Subí el peldaño y entré en la cabaña de la dirección. El de recepción me miró con cierta sorpresa. No me debía esperar tan pronto.

Le pido los cigarrillos.

Me da un dorado paquete de Benson.

Luego le pido una postal, un sobre y sellos suficientes para franquear este sobre y el otro.

Mandaré la postal en el sobre a Rosie, mi secretaria.

Le pongo dos tonterías y le digo que el sobre que reciba adjunto lo guarde en la caja fuerte hasta mi llegada.

Hecho esto y puesta en el sobre de Sonia la dirección de mi oficina, le pregunto dónde está el buzón.

Me lo señala. No es oficial, sino uno de la empresa.

Está a unos metros de la entrada. No había reparado en él. Ocupado con su trabajo estoy seguro que no ha advertido lo del otro sobre. Mejor. Nunca se sabe. Pago y salgo. Echo los sobres en el buzón y de pronto sufro un ligero sobresalto. Desde allí veo parte de la playa de estacionamiento y entre los coches que diviso hay un Mustang azul. ¿Es el mismo o una coincidencia?

Salgo al exterior.

Me acerco y miro al interior por la ventanilla delantera del lado opuesto al conductor.

Y entonces las vi.

Había varias manchas. Su color era inconfundible.

Era sangre, húmeda aún.

No había duda. Era el coche que recogiera a Sonia.

No llevaba la licencia del poseedor a la vista, por lo que rápidamente me anoté la matrícula en mi agenda. Era de Los

Ángeles.

Perdí unos segundos más, buscando entre los coches aparcados un sedán negro. No vi ninguno.

Me dirigí de nuevo a la conserjería. El recepcionista enarcó las cejas cuando me vio llegar.

Le debían sorprender mis idas y venidas. Peor para él. Le pregunté por el dueño del Mustang azul. Le dije que me parecía el de un amigo.

Siguió con su cara pétrea, de fósil, sin decir palabra. Cuando yo callé, me hizo una larga perorata sobre el derecho de los clientes a la intimidad más absoluta en ciertos hoteles.

No podía violar ese derecho.

Pero lo violó cuando le alargué dos crujientes billetes de cinco pavos. ¡Perro mundo!

Me mostró el libro de inscripción. Tenía asignado el *bungalow* número diez. Iba solo. No deseaba ser molestado después de la «montaña de millas que llevaba a cuestras».

Así se había expresado.

Me anoté mentalmente su nombre y dirección:

ART BERENSON

Calle Jefferson 312. San Francisco.

Le pregunté si había visto por allí a los dos tipos del sedán negro. Me contestó negativamente y dándole las gracias, salí.

¿Por qué tenía yo la maldita costumbre de meter la nariz donde no me importaba?

CAPÍTULO VI

Sentía esa maldita curiosidad que siempre me ha roído por dentro. Y casi sin darme cuenta, me encontré a pocos pasos del *bungalow* número diez. Traté de atisbar por las ventanas, pero estaban cerradas.

Sin poder frenar mi impulso, yo soy así, toqué el timbre de la entrada.

No acudió nadie.

Volví a probar.

Tampoco tuve suerte. En el interior reinaba un denso silencio. Bueno, ya que había subido al trampolín, me tiraría a la piscina. Saqué del bolsillo interior de mi americana un estuche plano que suelo llevar para estas ocasiones. Llevo en él un completísimo juego de ganzúas. Elegí una. Unos segundos después, la puerta se abría.

Miré en derredor, nadie se movía. Entré.

Estaba encendida la luz de la mesita de noche.

Art Berenson también estaba allí.

Muerto.

De muerte natural, claro.

Era imposible que viviera después de lo que le habían hecho. Estaba atado de pies y manos a las esquinas de la cama, en forma de aspa. También le habían despojado de la camisa.

Dos negros agujeros sangrantes aún señalaban en el costado los dos balazos que debía haber recibido y que viera Sonia. Pero eso no era todo. Su pecho y su rostro estaban llenos de quemaduras hechas sin duda con la brasa de un cigarrillo. Debían haberlo amordazado durante la faena, pues un pañuelo arrugado junto a su cara indicaba que había servido para taponarle la boca en algún momento.

Luego lo habían mandado al infierno seccionándole la yugular. Había sangre por toda la cama.

Un sucio trabajo de carniceros.

Si lo habían torturado antes de matarlo habría sido tal vez para que dijera dónde estaba el sobre que entregara a Sonia. Parecía lógico suponerlo.

Y eso quería decir que Sonia se hallaría en peligro si la encontraban.

Traté de pensar con rapidez. ¿Era tan importante el contenido del sobre para haber sido causa de la muerte de un hombre?

¿Sabrían lo cerca que estaba Sonia?

Vi en el perchero la americana de Berenson. Busqué su cartera. Estaba en uno de los bolsillos interiores.

La saqué y la abrí sobre mi pañuelo, cuidando de no tocarla con los dedos. Había unos cuatrocientos dólares, algunos papeles y un par de carnets con fotografía. Era la suya. Pero no pude evitar un silbido de asombro cuando leí la filiación, Albert Brandon. Ése era el verdadero nombre de aquel fiambre.

Lo anoté, así como su dirección, otra diferente a la que constaba en el registro del motel. Me guardé uno de los papeles con anotaciones telefónicas y lo reintegré todo a su lugar; como lo había encontrado. En sus restantes bolsillos no hallé nada de interés.

Borré las huellas del tirador de la puerta y después de asegurarme de que nadie me veía salir, las del timbre.

Me alejé con paso rápido de allí, en dirección a mi *bungalow*. Pensaba furiosamente en aquel maldito rompecabezas.

Me preocupaba haber dicho al recepcionista que conocía al falso Berenson. Si lo recordaba y lo decía, no iba a favorecerme ciertamente, y menos no llamándose así.

Yo era un tipo duro donde los haya, había que serlo para haber sido teniente de la policía varios años, pero aun así me estremecí al pensar en que aquel caso pudiera caer bajo la jurisdicción de mi amigo el teniente Hawkins. Nuestra antipatía era mutua. Si podía crucificarme lo haría con sus propias manos y riendo a carcajadas. Era un maldito, aunque no mal policía.

Y eso que varias veces se había apuntado tantos que yo le había servido en bandeja de plata.

Su sueño favorito, casi una obsesión, era desposeerme de la licencia de investigador privado.

Ya estaba frente al *bungalow* número tres. El nuestro.

¡Diablo! Sonia debía pensar que había ido a Stockton a por los

emboquillados.

Poco podía imaginarse lo que le había pasado al fulano del Mustang azul.

Por mi parte no iba a decírselo.

Era mejor que ignorase siempre el peligro que hubiese podido correr.

Así el tirador y abrí la puerta.

Estaba a oscuras.

¿Se habría dormido esperándome?

Tanteé la pared junto al marco de la puerta y apreté la tecla que encendía la luz.

La estancia se iluminó y estuve a punto de gritar de horror. Sonia yacía desnuda sobre la cama. Sus ojos enormemente abiertos reflejaban el enorme pánico que debió sentir. Le habían seccionado la yugular. La sangre manaba aún a borbotones por la terrible herida, manchando de rojo la blancura de las sábanas y el dorado de su piel. Esta vez había hecho su último *auto-stop*. Un *auto-stop* hacia la muerte.

Su rostro estaba tumefacto. La habían maltratado antes de matarla. ¡Maldito sobre! ¿Qué debía contener?

Me maldije por haberme registrado en el motel con mi nombre. Hubiese hablado Sonia o no, ahora llegarían hasta mí. Y para colmo ahora tendría que vérmelas indefectiblemente con el maldito Hawkins. Le encantaría encontrarme metido hasta el cuello en aquel baño de sangre.

No. Tenía que librarme para encontrar a los bastardos del sedán negro. Alguien iba a pagar por Sonia.

Habían revuelto todo el *bungalow*. Debieron buscar el sobre por si lo había escondido. Ahora estarían tal vez acechando. No era prudente seguir allí y menos desarmado. Lamenté haber dejado en la guantera mi Magnum. Lo importante era salir cuanto antes.

Pero primero avisaría. Me dirigí al teléfono que había sobre la mesilla y tomé el auricular. No hizo falta que comprobara si había línea. El cable había sido cortado.

Levanté una ventana de la parte posterior y salí corriendo hacia la playa de aparcamiento dando un rodeo.

Apenas dos minutos después rodaba por la autopista 40 de retorno a San Francisco. No vi nada anormal por el retrovisor. Sin

embargo, estaba seguro de tenerlos a mis talones.

En el margen de la carretera había un pequeño bar parador con varios camiones estacionados delante apenas a una milla de la entrada de la ciudad. Paré y bajando rápidamente me dirigí al interior.

Eché una mirada circular y vi la cabina telefónica.

Puse unos níqueles y marqué el número de la Brigada de Homicidios donde había estado varios años. No me costó reconocer la voz del sargento Finney al otro lado de la línea.

—Con el teniente Hawkins, por favor. Soy Nelson.

—¿Qué quiere, fisgón?

Aquel cerdo se aprovechaba ahora de que ya no era teniente de la policía. Antes se hubiera guardado mucho de bromear conmigo.

—¿Está o no? —dije desabridamente.

—Depende —gruñó el sargento.

—Está bien, dígame que vaya al motel Paradise, en la carretera. 40. Está a medio camino de Stockton. En el *bungalow* número tres hay el cadáver de una chica sobre la cama.

—¿Desde dónde llama, Nelson? —inquirió la voz excitada de Finney.

—Desde Stockton —mentí.

—Entonces, ¿cómo sabe eso del Paradise?

—Porque un rato antes de que la mataran yo estaba en esa cama —gruñí.

Y colgué.

Sus mentes retorcidas ya tendrían materia para trabajar.

Hice una nueva llamada.

—Oficina del señor Nelson —dijo una voz muy bien modulada—. ¡Buenas tardes!

—Hola, preciosa —dije cortando el saludo de Rosie.

—¿Qué tal, Roy?

—Mal, nena. Muy mal. Estoy rodeado de cadáveres y todo hace suponer que el próximo seré yo.

Pude oír el respingo de mi secretaria por el auricular, pero seguí hablando antes de que pudiera articular palabra.

Le mencioné cuánto hacía referencia al sobre y le recalqué lo que ya le decía en la postal, que lo guardase en la caja hasta mi llegada, para llegar a ello le conté a grandes rasgos el lío en que me

había metido.

—¿Qué vas a hacer ahora, Roy? ¿Ir al cobro aquel de la señora Fenton?

—No, muñeca. Eso puede esperar. Voy de regreso, pero no pasaré por la oficina. Te espero en el Nueva Seúl a las ocho.

El Nueva Seúl es un restaurante chino que dirige Li-Wang-Pen, un buen amigo que conoce todas mis debilidades culinarias.

—De acuerdo, Roy. ¡Cuídate! —dijo Rosie como despedido.

Dejé el aparato en la horquilla y me dirigí a la barra. Me apetecía un buen trago de Johnny. No había comido, pero la visión de los dos fiambres me había quitado el apetito. Ya me desquitaría por la noche en casa de Li.

Lo urgente ahora era ver cómo salía del enredo en que me había metido. Hawkins me buscaría como un loco y con más motivo cuando descubriesen el cuerpo de Albert Brandon y el recepcionista le dijese que yo había dicho conocerle y había ido a visitarlo.

Eso lo pondría a él loco de contento y a mí en la picota. Saqué el papel donde había anotado la dirección de Brandon y me encaminé hacia el coche, después de pagar el *whisky*. Iría a echar un vistazo a su domicilio.

CAPÍTULO VII

El edificio en el cual estaba la vivienda que figuraba en la documentación de Brandon era uno de esos bloques que asemejan una enorme colmena gris. Con cuatro escaleras y ocho ascensores que conducen a las zonas A, B, C y D.

Era de portero electrónico y la puerta estaba cerrada.

El piso de Brandon era de la segunda planta, escalera B.

Marqué el llamador de un apartamento del sexto A.

—¿Quién? —preguntó la voz.

—El chico de los giros postales —dije con voz amable.

Una fracción de segundo, un zumbido y la puerta se abrió. Así de fácil. Me encaminé al elevador de la escalera B. Pulsé el botón y subí. La puerta del apartamento de Brandon era la que caía frente al ascensor.

Toqué el zumbador y acto seguido pasé la punta del pañuelo por el botón. Así no quedan huellas. En ciertos casos no dejo de hacerlo.

Silencio.

La luz del corredor no es muy fuerte. Miro a derecha e izquierda. Nadie. Perfectamente.

Extraigo del bolsillo interior de mi americana mi famoso estuchito plano para estas ocasiones. Lo abro y elijo una fina ganzúa. La puerta no se me resiste y me introduzco en el interior.

No quiero perder tiempo, pues presiento que Hawkins no tardará en llegar, así que me dejo de linterna y doy el interruptor de la luz.

Recorro rápidamente las tres piezas del apartamento para asegurarme de que estoy solo. Cuando me convenzo comienzo un registro sistemático y poco ortodoxo pero efectivo.

No me importa que supongan que ha pasado por allí una manada de elefantes.

Los primeros resultados son sorprendentes. Albert Brandon es un detective privado de Los Ángeles. Mejor dicho, era, y ahora debe estar con otros ángeles que a buen seguro no son de California.

De unas cartas deduzco que tiene un hermano científico en la NASA, Melvyn, que le ha pedido ayuda unos días antes.

Me pregunto qué clase de ayuda.

No hay gran cantidad de equipaje, por lo que creo adivinar que Brandon había alquilado sólo por unos días el apartamento a su llegada de Los Ángeles.

¿A qué había venido a San Francisco?

Otra interesante pregunta.

Tal vez sus misteriosos papeles que obraban en el sobre que me había autoenviado desde el motel me aclararían algo.

No me hacía gracia pensar que pudiera haberme metido hasta las orejas en un oscuro asunto de espionaje.

En un cajón encontré una Beretta italiana y una caja de munición y me las incauté, echándomelas al bolsillo. Brandon ya no las echaría de menos y a mí podría servirme para enviar al infierno al asesino de Sonia y al suyo propio. Era más manejable que mi Magnum para llevar encima, y en un momento dado su uso no podría crearme complicaciones.

Apagué las luces y salí después de haber cerrado suavemente la puerta. Me di prisa en tomar el elevador pues no quería que los hombres de Finney y del teniente Hawkins detectaran mi presencia allí.

En pocos minutos estaba bastante lejos.

Era pronto aún para ir al Nueva Seúl de modo que entré en un bar y pedí el librodirectorio telefónico, junto con un Johnnie con hielo.

Como ya suponía, no existía ningún Art Berenson. En cuanto al número 312 de la Calle Jefferson, era una peluquería canina de lujo.

Una dirección muy adecuada para tomar el pelo.

Brandon había poseído sentido del humor.

Recordé de pronto el papel con direcciones y teléfonos que hallara en uno de sus bolsillos y lo extraje para examinarlo más detenidamente.

Había dos direcciones de Los Ángeles y otras dos de San

Francisco. Centré mi interés en estas últimas.

Una era la de una tal Carla Simms, otra la del profesor Stefan Mrozewski.

Ni éstas ni las de Los Ángeles me aclararon nada.

También sus nombres eran desconocidos para mí.

Vuelvo a consultar mi reloj y me decido. Hay tiempo para una visita y decido ver si encuentro a Carla Simms en su domicilio.

Mi Chrysler me lleva allí en pocos minutos. No vive muy lejos de donde vivía Brandon. El edificio es otra inmensa mole. No conozco el número del apartamento y pierdo un buen rato leyendo los titulares de los buzones.

Al fin doy con ella. Planta séptima, apartamento 72 E.

Poco después pulso su llamador.

No puedo ocultar una exclamación de sorpresa. Si es Carla, es desamparante.

—¿Carla Simms? —pregunto, tímidamente.

La morenaza mueve la cabeza afirmativamente.

Bien, ¿qué le pregunto yo ahora?

¿Por dónde empiezo?

Ella debe notar mi vacilación y enarca las cejas.

—No necesito electrodomésticos —gruñe y hace acción de darme con la puerta en las narices.

Reaccionó rápidamente introduciendo un pie entre la hoja y el marco de la puerta, a la par que sonrío empujándola.

—No vendo aparatos electrodomésticos —le digo con la mejor de mis sonrisas—. No vendo nada. Más bien me gusta comprar...

—¿Electrodomésticos? —ríe alegremente—. Bueno, eso ya es otra cosa —y se hace a un lado, cediéndome el paso.

La miro especulativamente. Además de guasona, tiene correa. Atravieso la cortina y me hallo en una acogedora y coquetona salita. Por doquier se advierte la mano femenina, por cierto de exquisito gusto.

Me señala un sillón y yo tomé asiento. Ella lo hace frente a mí y descuidadamente cruza las piernas, la *negligée* se entreabre y creo que me va a dar un infarto.

¡Cielo santo, qué piernas! Harían un buen papel en un concurso de belleza.

Elevo mi mirada y veo su sonrisa burlona. La muy zorra se ha

dado cuenta, pero no hace nada para corregir el «descuido» de su pose. El porvenir es, pues, alentador, muy alentador.

—Usted dirá... —sonríe, animándome.

—¿Conoce a Albert Brandon? —Disparo a bocajarro.

Da un respingo. Su frente se llena de arrugas.

—¿Policía?

—No.

—Entonces, ¿por qué cree que debo responder a las preguntas de un extraño?

—Tal vez porque Brandon ha muerto. Asesinado.

—No es posible —balbucea ella, arrugando más aún la frente—. Ayer hablé con él por teléfono. Estaba en Los Ángeles y hoy venía hacia aquí.

—Pues llegó y se pasó —dije sin mucha delicadeza—. Lo mataron en un motel de la carretera que va a Richmond.

—No lo entiendo —susurró el monumento, moviendo la cabeza.

—¿Era amigo suyo? —pregunté descaradamente dándole a la pregunta el énfasis necesario para que la palabra amigo tomase toda su extensión.

—Cerdo —dijo mirándome fijamente. Luego, añadió—: No. Lo conocía a través de Melvyn, su hermano.

—¿Para qué debía venir aquí?

—Teníamos que hablar —dijo, secamente.

—Ya.

—Oiga de una vez, yo...

—¿De los documentos secretos? —aventuré.

Palideció. Hasta sus hermosas piernas de color alabastrino parecieron hacerlo. Tal vez fue el impacto.

—¿Qué sabe usted de eso? —Logró decir.

—Todo —dije con aire de superioridad—. Absolutamente todo.

—No es posible —dijo, incrédula.

—Lo es —afirmé con la mayor desfachatez.

—Entonces, ¿qué se puede hacer?

La lucecita roja que a veces se me enciende en el parietal derecho comenzó a parpadear nerviosamente. ¡Cuidado! ¡Terreno resbaladizo! Algo me decía que mi papel iba a bajar algunos enteros.

¡Tiempo! Eso era lo que necesitaba apremiantemente y me lo

tomé. El *whisky* que me hice servir lo tomé a continuación y di un lento sorbo.

—No me ha respondido, señor...

—Nelson, Roy Nelson.

—¿Y bien?

La pregunta estaba de nuevo en el aire.

Y eso me preguntaba yo: ¿qué se podía hacer?

—Escuche, Carla —empecé.

—Señorita Simms —cortó ella.

Me encogí de hombros. En aquel momento no valía la pena perder el tiempo.

—Está bien, señorita Simms. Para no perder el tiempo, dejémoslo así. Se me ocurre que sería una buena solución que me contara lo que sabe. Yo haré lo propio y veremos qué hacemos. ¿Está bien así?

—Creí que lo sabía todo —dijo con desconfianza.

—Y lo sé —afirmé categóricamente—. Sólo quiero comprobar detalles. No debe dejarse nada al azar.

Asintió y comenzó a hablar.

Durante quince minutos la escuché en silencio. Se había puesto más cómoda en el sofá y eso hacía que el espectáculo que me ofrecían sus piernas fuera aún más atormentador. Me dificultaba la concentración. Ella no parecía advertirlo y seguía y seguía hablando. Así me enteré de todo aquel condenado embrollo. Al fin calló. Sus ojos se posaron interrogativamente en los míos.

—Eso es todo, Roy —dijo.

No me pasó por alto el tuteo y sentí un cosquilleo en la espalda.

—Lo que no sabía lo imaginaba —mentí descaradamente.

Le conté cuánto sabía sin extenderme en el episodio con Sonia. Me contempló con los ojos entrecerrados.

—¿Valía la pena la chica ésa, la tal Sonia?

—No estaba mal —mentí a medias.

—¿Estaba? —inquirió con sonrisa de gata.

—Quise decir parecía. Llevaba minifalda muy corta, enseñaba casi todas las piernas.

—¿Más que yo? —susurró, abriendo más la *negligée* con un dedo.

Tragué saliva con dificultad.

Se levantó con movimientos felinos y se detuvo frente a mí, en silencio se desabotonó la *negligée*, dejándola caer a sus pies. No llevaba sujetador. Maldito si le hacía falta. Sólo una breve braguita de encaje negro ponía una provocadora mancha negra en su piel. Tiré de un lacito lateral y el leve trocito de tela cayó sobre la *negligée*.

Lo sabía. Estaba perdido. Y perdido por perdido, me tiré al río. Bueno, no fue al río precisamente...

CAPÍTULO VIII

Entro en el restaurante Seúl a la par que echo un vistazo a mi reloj. Son las nueve y algunos minutos. Rosie debe estar contenta por el plantón. No tardo en verla en la mesa donde suelo cenar. Inmediatamente cambia su expresión de preocupación por otra que conozco muy bien.

¡Diablo de mujeres! Ahora empezará la tormenta.

—¡Vaya! ¡Al fin llegó! ¡Con más de una hora de retraso, pero llegó!

—Escucha, Rosie...

—Primero límpiase el carmín de los labios.

Lanzo una imprecación. No parece que empiece con buen pie. Sus ojos relampagueantes de furia están fijos en mí.

—Mucho trabajo en el nuevo caso, ¿eh? —dice, socarrona.

Me dejo caer en una silla frente a ella y tomó la carta. La conozco muy bien, cuando está así es mejor dejar que se desahogue.

Me mira de reojo, pero no despegas los labios.

—El teniente Hawkins ha llamado dos veces a la oficina. Parecía muy furioso. Dijo que le llamara sin falta.

—Tendrá que esperar. Pretenderá colgarme dos cadáveres.

—Tres.

Di un salto en la silla. Más de un cliente me miró con sorpresa y traté de sonreír mientras me sentaba de nuevo.

—Son los de un tal Albert Brandon, Sonia Stevens y Curt Miller.

—¡Curt Miller! —exclamé sin poderme contener—. ¿Dónde lo mataron?

—En el mismo motel. Lo hallaron en su habitación. Lo habían torturado horriblemente antes de matarlo. ¿Qué está pasando, jefe?

No respondí. Li-Wang-Pen aguardaba frente a la mesa con respetuoso silencio.

—Buenas noches, Li. Perdona que no te saludase. Estábamos

hablando de problemas de la profesión.

—Li comprende. No prisa. No deberse turbar nunca al tigre y menos cuando tener estómago vacío.

—No lo sabes tú bien, viejo amigo. Las noticias que me dan no son buenas, pero ni aun así merman mi apetito. ¿Qué nos recomiendas?

—Sopa de abalone calentita para empezar, luego langostinos con bambú y setas, y para finalizar pato a la gran familia cantonesa, con un poco de arroz blanco.

—Me parece muy bien —dice Rosie.

Yo inclino también la cabeza afirmativamente.

Li-Wang-Pen sonríe como suelen reír todos los chinos, es decir, con gran despliegue visual de dientes.

—¡Gracias! —murmura, inclinándose ceremoniosamente. Y dando media vuelta se aleja hacia la cocina, con pasos cortos pero rápidos.

—¿Puedes explicarme algo de lo que pasa, Roy?

Sonríó para mis adentros. Cuando está enfurruñada, Rosie me trata de usted y cuando se le pasa el enfado me tutea de nuevo.

—Claro, encanto. Eres mi secretaria, ¿no?

—Podría ser algo más.

—¡Otra vez, maldita sea! —digo sin poderme contener—. ¿Ya vamos a empezar con lo de la vicaría?

—No —corta Rosie, secamente—. Para qué...

Se hace un pequeño silencio entre nosotros.

Empiezo a ampliarle datos sobre lo ocurrido desde el principio, algo que ya se lo anticipé por teléfono, suavizando la intervención de Sonia en el asunto.

Pero Rosie no es tonta.

Sus ojos empiezan a llamear, pero no comenta nada.

Así llegamos a la hora de mi regreso, le cuento mis dos visitas y cuando menciono el nombre de Carla Simms, Rosie exclama, sin poderse contener:

—¿Fue esa zorra la que le dejó la boca llena de carmín?

El gong me salva en este asalto. Li-Wang-Pen hace acto de presencia trayendo los platos de sopa.

Ninguno de los dos habla, pero nuestros cerebros trabajan a toda máquina.

Malhumorado, me limpio los labios con la servilleta.

La dejo que da pena.

Miro de reojo a Rosie, pero ésta parece ocuparse solamente de la sopa. De pronto clava en mí sus ojos y dice:

—¿Qué averiguó allí, jefe?

Le da una extraña entonación a la palabra «averiguó» que no me pasa desapercibida.

—Melvyn Brandon descubrió que un científico de su mismo laboratorio iba a sacar una copia de todos los trabajos llevados a cabo hasta el presente en un nuevo tipo de misiles de insospechado alcance. Avisó a su hermano Albert a través de su amiga Carla Simms. Su objeto era ponerlos a buen recaudo en el FBI y buscar la forma de desenmascarar al traidor, sin meterse él en líos. Albert tenía que interceptar el envío, y una vez con él, llevarlos a un motel de la carretera a Stockton, donde se hallaría con un tal Curt Miller, de Sacramento. Éste sería quien los llevase al FBI, pues un hermano suyo era agente del Federal Bureau.

»Brandon, al ver que iban tras su pista, se debió de dar cuenta al interceptar los documentos, sólo pensó en entregarlos a toda costa a Miller. No pudo hacerlo, como ya sabemos. Tal vez habló cuando le torturaron y eso les costó la vida a Curt Miller y a Sonia. Cenamos en silencio sin apenas despegar los labios.

—¿Piensa entregarle los documentos al teniente Hawkins? —inquirió Rosie, de pronto, ya en los postres.

—Debería hacerlo. Sería lo sensato. Eso me dejaría fuera del caso y libre de problemas, pero...

—Pero...

—No podría vengar a aquella chica, a Sonia. Fue allí conmigo y le costó la vida.

—Pero, jefe —empezó a protestar Rosie—, no puede sacrificar su tiempo y su carrera por una prostituta.

La miré sorprendido, yo no le había mencionado la verdad sobre Sonia.

Rosie se sonrojó levemente, pero aguantó mi mirada.

—Hawkins dijo que eso era la chica.

—Hawkins se podía meter la lengua donde yo sé —gruñí.

De haber estado en aquel momento Li-Wang-Pen con nosotros hubiera dicho sentenciosamente:

«No debe invocarse al diablo, si no se desea verlo».

Lo habíamos hecho y allí estaba el flamante teniente Hawkins, seguido de su fiel sargento Finney, junto a la entrada. Al vernos hizo una mueca feroz que tal vez quiso ser una sonrisa.

Luego, aspirando hondo y sacando pecho, avanzó decididamente hasta nuestra mesa.

Finney le seguía a pocos pasos.

Se detuvieron al llegar.

—Si no han cenado aún, pueden hacerlo con nosotros, Hawkins —dije en tono cordial.

—Me admira su desfachatez, Nelson. Supongo que imagina a lo que venimos.

—¿A cenar?

—A detenerle como presunto sospechoso de tres asesinatos.

—Se equivoca, Hawkins —le respondo fríamente—. Usted sabe que no soy capaz de esa salvajada.

—Sólo sé que todo le acusa y mi deber es...

—Su deber es aclararlo todo, no enredarlo más, como siempre —le corté—. He sido muchos años un policía. Teniente, como usted. Eso merece un respeto que nunca me concede. ¿Por qué? ¿Por qué me odia, Hawkins? Yo sólo trato de vivir honestamente de mi trabajo como detective privado.

—Para mí es sólo un expulsado de la policía. Sus métodos no eran ortodoxos y le pasó lo que debía. No culpe a nadie de su fracaso, Nelson.

—Fui yo el que se marchó asqueado de ineptitudes y corrupción en el departamento. Me harté de jugarme la vida para detener a un delincuente que horas después ya en libertad me buscaba para matarme.

Li aprovechó la pausa para acercarse, inclinándose ceremoniosamente al llegar.

—Si señóles pelmiten,

Li-Wang

cobral impolte cenas —dijo

Wang-Pen,

acercando un papel y un plato.

Hawkins asió rápido el papel mirando con desconfianza al chino y lo leyó ávidamente.

El desencanto se pintó en su rostro. Era, efectivamente, la minuta de la cena.

—Es que va a invitarnos Hawkins —reía entre dientes.

Hawkins soltó el papel como si quemase.

—Está bien, no voy a molestarle —dijo, zumbón—. Al fin y al cabo, usted no cenó.

Finney no pudo evitar una risita que murió en sus labios ante la fulminante mirada de su superior.

—Toma, Li —dijo alargando unos billetes—. La cena fue magnífica.

—Li sentilse honlado que tigre joven lespetal y amal al viejo. Es impoltante. Tigle joven tenel fuelza y celeblo, pero tigre viejo tenel podel que plopoliciona edad y podel convettil al joven incluso en maliposa. Todo dependel seguil lecto camino, milando siempre luz velde. Nunca cluzal la luz loja.

Hawkins hacía visibles esfuerzos por no estallar ante aquella perorata que estimaba sin pies ni cabeza.

¡Qué grande era el buen Li! Me ofrecía salir de allí, sabedor de que le entendería. Lo sentía por Rosie, pero con ella no iba nada y tenía mucho que hacer para dejarme atrapar por el imbécil del teniente.

—Espérame un momento, Rosie. Voy al servicio.

—¿Tiene otra salida? —preguntó Howkins al chino, con desconfianza.

—Estal al final de aquella escalela en planta baja —dijo Li, ambiguamente—. Única escalela pala bajal, selvil pala subil.

Hawkins gruñó, pero nada dijo.

—Ahora vuelvo —reí encaminándome a la escalenta al pie del luminoso verde que con una flecha intermitente indicaba los servicios y bajé sin volver la vista atrás.

Abajo había un rellano con tres puertas que ya cono cía, una conducía a los servicios de caballeros la otra ostentaba el letrero «*ladies*», y la tercera era una cabina telefónica de cristal esmerilado.

No tuve que esperar. Esta última se abrió silenciosamente y una de las hijas de Li-Wang-Pen apareció en la puerta. Me hizo una señal de que le siguiera Entramos en el estrecho receptáculo, que de pronto se hundió hacia abajo. ¡Era un ascensor! Descendimos una distancia aproximada a dos pisos y salimos a una estancia

débilmente iluminada.

—Usted seguirla por aquella puerta a pasillo largo. Al final encontrarla puerta galaje. Tomar coche azul con llaves puestas. No tocar otros.

—Gracias, pequeña.

No tuve tiempo de decir más. Había retrocedido de nuevo y cerrado la puerta. Deduje que el ascensor subía nuevamente a representar su papel de cabina telefónica.

Sin duda aquel local había pertenecido a alguno de los Tongs secretos que los chinos habían instaurado en Frisco antiguamente.

Me dirigí a la puerta y seguí el pasillo que había tras ella. Así llegué a una nueva puerta. Abrí con cautela. Sí, allí estaba el garaje. Y entre otros, el coche azul con las llaves puestas. ¡Diablo de Li! ¿Quién iba a imaginarlo? Por curiosidad, abrí la guantera. Además de viejo tigre, era un astuto zorro.

No habían terminado las sorpresas. Había una caja con útiles de maquillaje y un Colt.

Cobra del 32. Me lo eché al bolsillo después de revisar la carga, sustituyéndolo por la Beretta que conservaba y que había pertenecido a Albert Brandon. Y elegí un bigote que me hubiera envidiado Pancho Villa.

Pues sí, Li-Wang-Pen había convertido a un tigre en mariposa ante los ojos del estúpido Hawkins.

¿Qué pasaría cuando se dieran cuenta de su desaparición? ¿Cómo la justificaría Li?

Hacía ya más de diez minutos que Roy Nelson había descendido por la escalera que conducía a los servicios del Nueva Seúl.

Hawkins miró inquieto a Rosie, que sonrió levemente y luego a Finney. Éste se dio por aludido. Conocía lo bastante al teniente para saber que deseaba estar seguro de que Nelson seguía controlado. Así pues, se dirigió a la escalera que daba acceso al sótano.

No llegó hasta ella cuando de pronto un chispazo surgió de la cocina y las luces del local se apagaron.

Hubo unos momentos de natural desconcierto. Pero pronto, dirigidos por Li, dos camareros y una de sus hijas aparecieron con quinqués de petróleo que no tardaron en encender y colocar estratégicamente.

Hawkins había soltado una maldición sin respetar la presencia

de la hermosa secretaria de Nelson. Finney, que se había detenido en mitad del pasillo, reanudó su marcha, hasta apostarse junto a la escalera que se hundía en la oscuridad del sótano.

Li-Wang-Pen se dirigió a la escasa clientela que tenía aquella noche el Nueva Seúl con unas palabras de disculpa por el cortocircuito que producido en la cocina había dejado sin luz el local. Apenas pasados diez minutos, la luz volvió a lucir de nuevo y fueron retirados los quinqués.

Finney no esperó la orden de Hawkins y se lanzó escaleras abajo. La cabina telefónica estaba vacía, igual que el servicio de caballeros. No sin cierto reparo golpeó suavemente la puerta que ostentaba el letrero de «*ladies*», y al no obtener respuesta la abrió. Nadie tampoco en el saloncito tocador, ni en los aseos.

Se rascó la cabeza. Parecía imposible, pero Nelson no estaba allí abajo. No había ninguna puerta más, ni ventana por la que hubiera podido salir. Empezó a sudar cuando pensó en la reacción que tendría Hawkins al enterarse de que había perdido su presa.

Sólo había una explicación lógica. Había sabido aprovechar el apagón y se les había evaporado ante sus propias narices.

Desalentado, subió de nuevo. Howkins leyó en su rostro que algo iba mal.

—No está, teniente —dijo al llegar a la mesa.

—¡Está loco, Finney! ¡Ambos lo vimos bajar!

—No hay otra salida que esa escalera. Tuvo que subir cuando el apagón y salir, teniente.

—¡Es imposible! ¡No pudo adivinar que iba a producirse!

—Yo diría improbable, no imposible —replicó Finney.

Hawkins lo fulminó con la mirada.

Rosie soltó una carcajada, pero ante la mirada de los dos hombres, optó por no hacer ningún comentario.

«¿Cómo lo había hecho Roy?», se preguntó mientras se levantaba.

—¡Buenas noches, caballeros! —dijo con retintín, y cogiendo su bolso se dirigió hacia la puerta.

Li se apresuró a abrir la puerta, sonriendo.

—¡Dulces sueños, *miss* Rosie!

—Hasta pronto, Li-Wang-Pen. Fue una hermosa cena con el mejor de los postres. Li sonrió inclinándose levemente. Luego se

volvió hacia Hawkins y Finney, que permanecían de pie junto a la mesa y su rostro volvió a ser una máscara imperturbable.

CAPÍTULO IX

Sentado ante el volante, ya fuera del garaje, conduciendo por San Francisco, empecé a pensar. No podía ir a mi apartamento, lo vigilarían sin duda. Tampoco al de Rosie.

Recordé lo bien que lo había pasado con Carla y decidí que no me importaría pasar la noche con ella, por lo que conduje con dirección a su casa. Allí no me buscarían. Aparqué a una manzana de distancia y me dirigí a la colmena. Pulsé el timbre del portero electrónico y aguardé.

—¿Quién? —preguntó una voz que identifiqué al instante.

—Santa Claus —dije sin poderme contener.

Carla rió.

—No te vale, Roy. Conocí tu voz.

—¿Puedes dar alojamiento a un somnoliento peregrino? —dije.

—¿No tuviste bastante? —preguntó picarescamente.

Era una pregunta capaz de desarmar. Yo, desde luego, lo que quería era una cama para dormir sin ver cerca la cara de Hawkins, pero comprendí lo que deseaba oír y se lo dije.

—No.

—¡Sube, guasón! —dijo, riendo.

El portero electrónico de la puerta hizo el clásico ruido de chisporroteo y, al empujarla, se abrió.

En breves momentos el elevador me llevó a su piso. Y en dos zancadas estuve ante su puerta.

No llegué a llamar.

Me abrió.

Y cuando entré, me vi envuelto en una nebulosa de gasa negra y transparente. Unos labios rojos y ansiosos buscaron los míos con ardor inquieto. Duró un dulce instante. Luego, lentamente, nos separamos. Yo la tenía aún cogida por los hombros. La suavidad de su piel de seda me pareció lo más fino y delicado que había

acariciado jamás.

Suspirando, la solté.

—Te apetece un trago —me susurra.

—Nena, acabas de leer mi pensamiento —le respondo, mientras mecánicamente enciendo un cigarrillo.

Durante unos segundos contemplo las volutas de humo que ascienden lentamente hasta deshacerse.

En un momento me alargó un vaso con cubos de hielo.

Nos miramos en silencio hasta que ella se mueve para escanciar *whisky* de la botella. Sus manos temblaban ligeramente y el gollete de la botella tintineó contra el borde del vaso. —¿Nerviosa?— inquirí en un susurro.

—No.

—¿Qué te pasa, pues? Estás temblando.

La miro descaradamente.

—Me ha telefonado Melvyn Brandon, deseaba saber si tenía noticias de Al.

—¿Qué le dijiste?

—No he tenido ánimo para decirle que había sido asesinado. Me faltó valor.

—Mañana se lo diremos. Aunque tal vez lo sepa ya por los periódicos, si ha llegado hasta allí la noticia.

—Tengo miedo, Roy.

Le abarqué la cintura nuevamente y la atraje hacia mí. Me besó suavemente.

Sujeté su cabeza entre mis manos, hundiéndolas en sus cabellos. Sus labios ascendieron en busca de los míos. Su beso no tuvo nada de suave. * * *

La luz se filtraba a raudales por entre los huecos de las persianas. Me revolví en la cama.

Carla no estaba ya allí.

De un ágil salto me incorporé y salí de la cama, enrollándome una sábana en la cintura.

Salí al pasillo.

Un delicioso y tenue aroma a café se extendía por el apartamento. Me dirigí a la cocina.

Carla estaba allí, manipulando en una de esas cafeteras italianas.

—Hola, amor —dijo después que nos besamos—. Te hice café y

huevos fritos con jamón. ¿Te apetecen?

—Me apeteces tú —dije, abrazándola.

Envueltos ambos yo en una sábana y ella con una toalla de baño, desayunamos los dos con apetito. Luego bebimos café. Me despejó lo suficiente para empezar a pensar. —Voy a vestirme— anuncié, levantándome.

Se colgó de mi cuello y por un momento me vi de nuevo en la cama. Pero desistí ante la urgencia de desarrollar el plan que tenía en la mente.

—¿Dónde tienes el teléfono? —inquirí. No recordaba haberlo visto.

—No tengo.

—Bien, qué le vamos a hacer. Voy a ducharme —dije guiñándole el ojo.

En breves minutos estuve listo.

Terminaba de anudarme la corbata ante el espejo del cuarto de baño, cuando oí a Carla andar por el dormitorio.

Me asomé a la puerta. Había sustituido la toalla de 1 baño por una *negligée* más ceñida que la que ya le conocía, y más transparente, si ello era posible. Estaba arrebatadora. Silbé de admiración.

—¡Tonto! —dijo con voz melosa—. ¿Cuándo te veré, Roy? —añadió al verme poner la americana.

—Vendré a buscarte para cenar. ¿Te parece bien a las ocho?

Asintió, acompañándome hasta la puerta.

La besé de nuevo y salí.

Ya en el elevador me coloqué de nuevo el bigote postizo. En el coche ya retocaría algo mis facciones, no me interesaba un encuentro con Hawkins. Eran muchas las preguntas que aún no sabía cómo contestar.

Me dirigí a una cabina y llamé al despacho.

Rosie se puso al aparato.

—¡Buenos días! Investigaciones Nelson. Dígame...

—Soy yo, nena —dije.

—Sí, soy Rosie, la secretaria del señor Nelson... Dígame, señora Bancroft.

—Hay algún polizone ahí, Rosie —gruñí.

—Claro, señora Bancroft.

Solté una maldición.

—¿Vino ya el correo? —urgí.

—Sí, señora, con lo que usted esperaba.

—Buena chica, Rosie... Sácatelos como puedas de encima y ven al edificio central de Correos. Te espero en el vestíbulo, bajo el reloj. Tráete el sobre y coge también algunas hojas en blanco.

—Se lo diré así al señor Nelson, señora Bancroft —siguió Rosie con la comedia—. Aunque no lo espero hoy. Lo más probable es que yo cierre la oficina y me tome el día de vacaciones. Adiós.

Colgó el teléfono y yo hice lo propio en la cabina.

Cogí el coche que Li me había prestado y me dirigí al edificio de Correos. Me aposté en un bar de enfrente vigilando la entrada. Tras unos cuarenta minutos de larga espera, vi a Rosie descender de un taxi y entrar. Esperé unos minutos, pero no observé nada anormal. No parecía haber sido seguida por los hombres de Hawkins.

Entré y la vi allí bajo el reloj, con cara preocupada. Sin duda había esperado encontrarme ya allí.

Me acerqué a ella y de pronto sentí ganas de reír, mi maquillaje y el bigote me hacían casi irreconocible. Dio un respingo al oír mi voz.

—Eres tú, Roy —dijo incrédulamente.

—El mismo, nena.

—Estás horrible... No te hubiera reconocido.

—¿Ya no me llevarías a la vicaría? —dije, divertido.

Soltó un gruñido y me enseñó las uñas.

—A veces es un imbécil, jefe. Tome —añadió, abriendo el bolso y extrayendo el famoso y peligroso sobre.

Me estremecí al cogerlo. Fue como un repeluzno que duró unos cuantos segundos. Era el motivo de tres asesinatos y tal vez alguno más que desconocía o que aún pudiese ocurrir.

—Finney y otro agente estaban allí cuando llamaste.

—Vámonos de aquí —dije, guardándolo en el bolsillo.

—¿Cómo pudiste salir ayer de allí, Roy? —me preguntó.

Salimos a la calle y nos instalamos en el coche azul. Por el camino se lo conté.

Rió cuando supo cómo lo había hecho.

Rosie tomó el volante esta vez. Mientras yo a su lado sentía impaciencia por abrir el doble sobre.

—No sabes cómo se pusieron con el pobre Li al no verte.

—Vamos al

Peterson's

Comer, Rosie. Allí estaremos tranquilos y me lo contarás.

El

Peterson's

era un bar con reservados, tranquilo. Nick, su dueño, era buen amigo. Antes de entrar retoqué mi rostro en el retrovisor del coche, recuperando mi fisonomía y quitándome el bigote postizo.

—¡Hola, Roy! Me alegro de verte. No te sabía tan mañanero.

—Nick. Ésta es Rosie, mi secretaria.

—Muy hermosa... ¿Habéis acabado con el *whisky* de la oficina?

—Déjate de bromas, Nick. ¿A qué reservado podemos pasar?

Hemos venido a trabajar.

—Pasad al tres —pudo articular al fin, llorando de risa.

Advertí que Rosie se ponía colorada de sofoco y temí que la armase. Noté también el esfuerzo que hacía por sobreponerse.

—Envíanos una botella de Johnny y un café con leche —gruñí

—. ¿Está bien así, Rosie?

—Sí, jefe.

Entramos en el reservado con el número indicado, mientras Peterson se perdía a lo largo del pasillo riendo aún.

Desparramé los papeles sobre la mesa. Durante un par de minutos contemplé mudo aquellos escritos incomprensibles plagados de complicadas fórmulas.

—¿Qué piensas hacer, Roy?

—¿Trajiste las hojas de papel en blanco que te pedí?

—Y sobres —dijo Rosie, abriendo nuevamente el bolso. Esta vez extrajo de él un sobre mayor que el de las fórmulas y con cuatro o cinco hojas en blanco y otros tantos sobres en su interior.

—Voy a imitar esos papeles con ligeros retoques —sonreí.

Empecé el delicado trabajo.

Nos interrumpió el camarero cuando entró con nuestra comanda.

Casi una hora y media después terminé con el último documento. El sudor corría por mi frente y por mi espalda, igual que después de un esfuerzo violento, y Rosie también estaba cansada y sudorosa a causa de la tensión que había soportado.

—¿Qué vas a hacer ahora, Roy?

—¿Crees que han quedado bien?

—Sí —confesó mi secretaria, después de examinarlos—. No creí que se pareciesen tanto a los auténticos a simple vista.

Metí los originales en un nuevo sobre y lo cerré, poniendo en él nuevamente mi dirección y remite.

Luego tomé otro y puse dentro los apócrifos.

—Así que a Hawkins no le gustó mi jugada, ¿verdad? —Sonreí.

—Li provocó un apagón para cubrirse él. De esta forma podía alegar que tú saliste por la puerta mientras estábamos a oscuras.

—Y Hawkins...

—No se tragó ni pizca lo del apagón. Pero no pudiendo probar nada, optó por irse con su fiel Finney.

—Toma, Rosie. Envíame este sobre por correo cuando puedas a la oficina. Estará más seguro en circulación.

—¿Qué vas a hacer con el de los falsos?

—Ir de pesca. Algún pez caerá.

—¿Qué hago luego?

—Lo que quieras. Hoy ya no te necesitaré.

—Si vas a correr algún riesgo, yo puedo...

—Gracias, Rosie. De verdad no puedes ayudarme. Mañana te llamaré a la oficina.

Se encogió de hombros y me siguió hasta la salida. Era una chica inteligente. Me conocía muy bien y sabía cuándo debía claudicar.

Cogimos cada uno un taxi.

CAPÍTULO X

Pulsé el zumbador y Carla me abrió la puerta.

—¿Tú? —exclamó con sorpresa.

—El mismo, nena. ¿No me esperabas? Cerré la puerta tras de mí.

—Quedamos esta noche a las ocho para ir a cenar, Roy. ¿Cómo iba a esperarte ahora?

Apenas hace dos horas y media que te fuiste.

—Soy muy olvidadizo. Como tú.

Frunció el ceño.

—¿Qué te propones? ¡No entiendo nada!

—Yo sí. Ahora es cuando he empezado a entender.

—¡Maldito seas, Roy! ¡Explícate de una vez!

—¿Recuerdas que esta mañana te pedí para telefonear? Me dijiste que no tenías teléfono.

—Y es cierto.

—¿Entonces cómo pudo llamarte anoche Melvyn Brandon?

—Verás... —titubeó—. A veces me llaman a casa de un vecino.

—Esta mañana hubiese podido hacerlo desde allí, ¿no crees?

—No lo pensé, Roy. De veras que no.

—Eres una mujer deseable, Carla. Tremendamente hermosa. ¡Pero eres una maldita zorra!

—Escúchame, Roy —empezó furiosa.

—No, nena, eres tú quien va a escuchar. Me has dado cuerda porque sabías que tarde o temprano vendría con los documentos. No podía ir a otro sitio con toda la policía pisándome los talones. Bien, ya estoy aquí y traigo los papeles conmigo. ¿Y ahora qué?

—Ahora me los dará, amigo —dijo una voz a mis espaldas y la figura de un mastodonte apareció en la puerta del dormitorio.

Su mole era impresionante. ¡Qué diablos! Pero no lo era menos el petardo que empuñaba firmemente en la mano derecha. Debía ser, por lo menos, un 45.

—Bueno, parece que ya estamos casi todos en la reunión —gruñí.

—Tú lo dices, compadre —rió aquella montaña—. Falta Hermann. Ahora subirá. Se ha dedicado a seguirte esta mañana. Sin duda nos traerá la misma noticia: que tiene los documentos. Y que los llevas aún. ¿No es así?

El silenciador que llevaba el grueso cañón de la 45 hurgó en mi estómago sin ninguna contemplación. Mientras, con la otra mano, me quitaba del bolsillo interior el revólver que hallara en el coche de Li-Wang-Pen.

Me maldije interiormente por no haber previsto aquella posibilidad. ¿Y si el tal Hermann seguía a Rosie en vez de seguirme a mí?

—Vamos, sé buen chico y dámelos —gruñó el gorila, aumentando la presión del arma.

—Será mejor que lo hagas, «cariño» —dijo Carla, riendo burlonamente—. No tenemos por qué perder más tiempo, aunque lo pasé a gusto contigo.

Sonó el timbre de la puerta en aquel momento y Carla y el gorila se miraron.

—Abre tú —dijo él.

Carla se dirigió hacia la puerta y echó un vistazo por la mirilla. Sonrió y abrió seguidamente.

Otro mastodonte entró en la sala. Debía ser el llamado Hermann. Como al otro, lo reconocí al instante. Eran los dos que habían seguido a Albert Brandon en el negro sedán. Sus asesinos, los de Sonia y los del tal Miller.

—¡Hola! —dijo el recién llegado—. Lo seguí desde que salió de aquí, Cario. Telefoneó. Se citó con una chica en la central de Correos y allí se reunieron. Fueron en coche hasta un Scotch llamado

Peterson's

Comer. Estuvieron cerca de hora y media dentro. Luego se separaron y él vino hacia aquí.

Respiré, Rosie estaba a salvo. El problema, por el momento, era deshacerme del trío que me acompañaba.

Dejando al menos a uno para que le contase la historia a Hawkins, en el peor de los casos. —Estoy pensando que no os

atreveréis a disparar aquí dentro— dije.

—Llevamos silenciadores —dijo Hermann, extrayendo a su vez el arma que llevaba junto a la axila izquierda—. ¿No es cierto, Bud?

—No hacéis faenas muy limpias. Llenar esto de sangre puede causar problemas a la chica —gruñí.

—No te preocupes por eso, Nelson. Ya que vamos a volar de aquí. Así que danos los documentos. No nos costaría gran trabajo sacárselos a tu cadáver, pero a lo mejor aún hay algo que hablar.

Era una verdad aplastante. Suspiré cínicamente como quien va a desprenderse de un tesoro y metí lentamente mi mano derecha en el bolsillo del mismo lado. Saqué el sobre y lo tendí a Carla. Iban listos si creían que eran los genuinos.

La chica lo tomó con la satisfacción reflejada en sus pupilas. Lo abrió y les echó una ojeada.

—¿Son éstos? —inquirió Bud.

Carla asintió, volviéndolos a meter en el sobre.

—El profesor estará contento —dijo.

—¿Stefan Mrozewski? —aventuré.

—¿Qué sabes tú de eso? —Palideció Carla.

—Bastante. Lo único que no acabo de entender es por qué acabasteis con Albert Brandon, si su hermano está con vosotros.

—Se pasó de listo, como tú, fisgón —dijo Bud.

—Explícaselo, Carla —añadió Hermann—. Al fin y al cabo no podrá repetirlo. —Y rió estentóreamente enseñando una sucia dentadura.

—Satisfaré tu curiosidad, amor —dijo Carla, sonriendo—. Melvyn sabía que esos documentos llegarían al laboratorio de la NASA y quién los traía. Los interceptamos allí mismo. Casualmente, Albert Brandon estaba de visita con su hermano Melvyn. Melvyn no podía retenerlos allí, sino que debía entregarlos a Mrozewski. Una potencia extranjera, ya puedes imaginar cuál, nos daría por ellos tres millones de dólares. Así pues, utilizó como mensajero a su hermano el investigador privado. Pero Albert no era tonto. Intuyó que algo raro pasaba y hasta ver qué pintaba su hermano en ello, quiso retenerlos, ya que era un chico honrado. Nos dimos cuenta. Y Bud y Hermann fueron los encargados de recobrarlos sin dañar a Albert. Pero Albert fue un estúpido complicándolo todo. Se puso en comunicación con un amigo del FBI, Miller. Debían verse en un

motel, el Paradise, de la carretera 40 a Stockton. Miller había prometido a Albert que Melvyn saldría bien librado. Pero el dinero se nos iba y decidimos actuar en serio.

»Fue una lástima que esa chica, Sonia, se metiera por medio. Pero no sabíamos exactamente si tenía o no los documentos y hubo que trabajarla primero y luego eliminarla para que no hablase. Con Brandon y con Miller hicimos lo mismo. Pero los documentos no aparecían. Estábamos desorientados. La única pista era un exteniente de la policía, Roy Nelson, hoy investigador privado que acompañaba a la chica en el motel.

No tuvimos que buscarte. Tú viniste a nosotros. Eso es todo, amor.

—¿Qué opina Melvyn de la muerte de Albert?

—No sabe nada aún. Y cuando se entere si llega a saber alguna vez cómo pasó, ya estaremos lejos.

—¿Qué pintas tú en el cuadro, linda? —pregunté.

—Era una buena amiga de Melvyn. Necesitaron una mujer para interceptar los documentos. Ahí entré yo en escena para un primer papel. Ahora ya no necesito a Melvyn.

Ahora fue Bud quien habló:

—Te equivocas, Carla. No era un primer papel. Ahí entraste, es cierto, pero sales ahora. Hizo una leve seña a Hermann y éste la encañonó con su 45.

El enorme pistolón escupió dos leves taponazos y sobre el pecho izquierdo de Carla Simms aparecieron dos manchas rojas que se iban ensanchando, mientras se desplomaba de espaldas con los ojos muy abiertos y una expresión de enorme incredulidad.

La presión del arma de Bud hizo que no pudiera intervenir. No comprendía por qué no habían disparado sobre mí. Ya tenían teóricamente lo que buscaban.

Hermann adivinó mi pensamiento.

—No, no vamos a matarte aún. Si te portas como hasta ahora. Necesitamos que la policía busque a alguien y tú eres el hombre ideal. «La violencia de Ciclón Nelson, el exteniente de policía, llena de muertos la ciudad de San Francisco». ¿Se imagina el titular, polizonte?

Me encogí de hombros.

Hermann miró su reloj. Había enfundado ya su «petardo» y

metido en su bolsillo el sobre de los documentos.

—Son casi las dos —gruñó—. Tengo hambre.

—Mira en el frigorífico. Algo debe haber. Si no la chica hubiese salido.

Hermann salió dando un gruñido de asentimiento.

—Oye, Bud. ¿Qué tal si nos sentamos? —dije—. No vamos a estar así como siameses unidos por una pistola en pie todo el rato, ¿no crees? Además, me gustaría sacar de ahí el cadáver de la chica y dejarlo sobre la mesa. ¡Diablos! No es un espectáculo agradable verlo ahí tirado.

—Está bien, fisgón. Pero recuerda que te estaré apuntando. A la menor estupidez, te coso a balazos. ¿Me oyes? —dijo empujando más el arma sobre mi estómago.

—Sí —mascullé—. Claro que te oigo.

—¡Pues adelante!

La presión cedió totalmente. Reculé unos pasos. El negro ojo del 45 me seguía implacable.

—Me portaré bien —gruñí entre dientes—. Ten cuidado con el gatillo si eres nervioso.

La primera parte de mi plan salía perfecta. Un poco de suerte y aquellos asesinos iban a conocer a Ciclón Nelson.

Me agaché y cogí a Carla por debajo de los sobacos.

—Pesa como un muerto —me dije para mis adentros, y estuvo a punto de reír mi estúpido chiste.

Pero soy tremendamente fuerte y la puse en pie, sujetándola por la cintura.

—¡Eh, qué haces! —Tuvo apenas tiempo de decir Bud.

Una fracción de segundo después la enviaba contra él, empujándola con todas mis fuerzas. No podía andarme con estúpidos remilgos. Y ella no iba a sentirlo. El cuerpo de Carla pareció volar al encuentro de Bud, quien instintivamente soltó la pistola y alargó ambos brazos para apartar de sí aquel cuerpo cubierto de sangre hasta la cintura.

Era lo que yo había esperado. Di un salto de tigre.

Y tras Carla fui yo al encuentro de Bud.

Nos encontramos los tres.

Y de momento, Bud y yo en busca de lo mismo: el pistolón.

El llegó primero, pero no llegó a empuñarlo.

Mi pie derecho se disparó como un cohete y pareció hundirse en el dorso de su mano.

Bud aulló de dolor y alejó la mano del arma. Yo me hice con ella.

Hermann apareció en el vano de la puerta alarmado por el ruido. No llegó a empuñar la suya.

La de Bud brincó en mi mano y en la frente de Hermann apareció un feo y negro agujero. Se desplomó arrastrando una silla en su caída. El piso tembló al recibirlo.

Mientras, Bud no había estado ocioso. Repuesto en parte del pisotón, se había puesto en pie.

Un punterazo de su zapato me «acarició» el costado izquierdo. Me fui hacia adelante trastabillando, sin soltar el arma. Caí de rodillas.

Con ella en la mano tenía una cierta ventaja, aunque estaba en el suelo, a su merced.

Un punterazo en el hombro y otro en la cabeza disolvieron mi optimismo. Traté de volverme y un pie del mastodonte se hundió brutal en mi estómago, haciéndome echar bilis por la boca y llenando mis ojos de lágrimas.

Quería hacerme polvo. Y no le faltaba demasiado para conseguirlo. Lo veía todo turbio. No obstante, levanté el 45. Oprimí el gatillo. ¡Plop! ¡Plop!, dos secos taponazos.

No debí haberle dado. Sus pies me golpearon con ardor y a placer. Volví a apretar el gatillo.

¡Pack!, hizo esta vez el «petardo» y se encasquilló, sin duda.

El 45 ya no me servía para nada en esas condiciones.

Se lo tiré al rostro con toda mi mala leche.

Lo esquivó con facilidad.

Decididamente no era mi día. Una nueva serie de patadas me lo recordó, mientras se me nublaba la vista.

Aquel hijo de perra no se andaba por las ramas.

Vi avanzar una vez más su zapato hacia mí. Extendí a su encuentro mis dos manos y lo frené con gran esfuerzo. Luego, asiéndolo firmemente, hice girar mis manos hacia la derecha, con toda mi fuerza y poniendo mi alma, además. Lo conseguí.

Su enorme corpachón describió un medio círculo en el aire y se desplomó pesadamente.

Una silla se hizo astillas bajo su cuerpo.

Se levantó torpemente lanzando un rugido de rabia que haría estremecerse a un león. Asió una de las patas de la silla y vino a mi encuentro.

Salté hacia la puerta y abrí de golpe.

Pensaba salir huyendo dejando atrás los falsos documentos. Ya nos veríamos en casa de Mrozewski en mejores circunstancias.

La sorpresa fue de ambos.

Al otro lado de la puerta estaban Rosie, el teniente Hawkins y el sargento Finney.

—¡Suelta la estaca, pollo! —gritó Finney, apuntando a Bud con su revólver de reglamento.

Retrocedí para dejarlos pasar. Bud, que se había inmovilizado, obedeció a regañadientes.

Hawkins tenía una risueña sonrisa en sus finos labios.

—Por fin nos volvemos a ver, Nelson. —Eché un vistazo en derredor y vio los cuerpos de Carla y Hermann—. Y con dos fiambres más. Esto significa la silla, amigo Ciclón. Ya veo que no varías de métodos.

Estuve a punto de lanzarme sobre él y partirle la boca. Me detuvo el grito de Rosie al ver la carnicería. Por un momento creí que se desmayaría, pero aguantó, aunque intensamente pálida.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —pregunté.

Fue Rosie quien habló.

—Vi que te seguía ese hombre. —Señaló el cuerpo de Hermann—. Su coche arrancó tras tu taxi. Hice que el mío lo siguiera. Vi cómo entrabas en la casa y poco después lo hizo él. Me fijé en el piso en que se detenía el elevador. El teniente y el sargento Finney, por lo visto, nos seguían desde que yo salí de la oficina. Querían ver en qué acababa todo. Nos encontramos abajo y me hicieron subir. El ruido que hacíais nos hizo acercarnos a este apartamento. La puerta se abrió, apareciste y eso fue todo, Roy.

—Se dejaron seguir como aprendices —rió Hawkins—. Estás en baja forma, Nelson.

Me encogí de hombros, mientras mi cerebro trabajaba activamente.

—Llame al precinto, Finney, que manden un equipo y dos ambulancias.

—No hay teléfono —intervine.

No me hicieron caso. Hawkins recorrió las habitaciones, mientras Finney no dejaba de apuntarnos. Rosie se había sentado en un sillón y me contemplaba apesadumbrada.

Le guiñé un ojo, infundiéndole ánimos.

Hawkins regresó mascullando sucios epítetos.

—Hay una dama presente —le reprendí, burlón.

Miró a Rosie agriamente y luego a mí como si quisiera fulminarme.

Sacó su revólver.

—Yo me ocupo de ellos. Busque un teléfono, sargento. Y no pierda tiempo.

Finney enfundó su arma en la axila y salió a cumplir la orden.

—Ahora iremos al precinto, Nelson. Allí me cantará de plano su papel en este maldito asunto plagado de cadáveres. Y tú lo mismo —dijo, encarándose con Bud.

—Sólo uno es mío, Hawkins. El de ese asesino. —Señalé el cuerpo de Hermann—. Los demás pertenecen al muerto y a ese tipo —y señalé a Bud.

Bud soltó una risotada burlona.

—No le haga caso, teniente. Ese Nelson es loco homicida.

Sentí unos enormes deseos de aplastarle la nariz. Si aun hubiera sido teniente, nada más llegar al precinto, se la hubiera hecho asomar por el cogote.

El cerdo de Hawkins esbozó una sonrisa de placer.

Las palabras de Bud habían sido como música *celestial* en sus oídos.

CAPÍTULO XI

Convencí a Hawkins para que dejara marchar a Rosie, y ésta lo hizo, aunque a regañadientes. Me besó fugazmente antes de irse.

—Hasta mañana, Rosie —le dije, sonriendo.

Ella quiso esbozar una sonrisa, pero no pudo.

Salió del despacho de Hawkins tratando de contener las lágrimas.

—Bien —dijo el teniente—. Ya estamos solos, Nelson.

Contemplé con amargura aquellas paredes. Aquél había sido mi despacho, antes de que Hawkins fuera destinado allí para sustituirme. Allí había pasado yo muchas horas cavilando e interrogando tipos muy duros. ¡Ah! Si aquellas paredes pudieran hablar...

Las palabras de Hawkins variaron el curso de mis pensamientos.

—Sí. Ya lo estamos. ¿Por qué me odia, Hawkins? —pregunté tras una corta pausa.

Hawkins se atragantó.

—No le odio, Nelson —dijo con rapidez—. Sólo le desprecio. No me gusta lo que vi de usted. De sus métodos poco ortodoxos. Representamos a la ley.

—Cierto, Hawkins. Representamos a la ley. Yo también como investigador privado. Pero usted no me concede el beneficio de esa ley que respetamos en común. Usted me prejuzga. No le caigo bien por lo que oyó de mí. Y bien, Hawkins, ¿qué oyó? ¿Que soy un tipo duro? Hay que serlo tras esa mesa. Nunca me gustó que un criminal se riera de la ley, ni de mí. ¡Ortodoxo! A veces la ley limita en exceso la posibilidad de cumplirla. El echar mano con este fin a métodos, digamos poco usuales, no significa transgredirla. No para mí. Trataron de hacerme ver lo contrario y por eso dejé mi placa sobre esa misma mesa.

—Nelson, yo...

—Escúcheme por una vez, Hawkins —le apunté con el dedo—. Usted sabe que en los casos en que nos hemos cruzado, le he ayudado. Nunca he tomado un criminal por cliente. Es la justicia y mi sueldo lo que siempre defiende. Hay momentos en que no se pueden explicar las gestiones máxime cuando ya hay una predisposición en contra, y entonces hay que bordear la ley. Pero es por el bien común, Hawkins. No sólo por el propio. El otro día en el Nueva Seúl tuve que dejarle con un palmo de narices. Lo sentí, se lo aseguro, pero no me dejaba otra opción. Necesitaba estar con las manos libres para solucionar este asunto. De haberle seguido entonces ahora podría estar acusado de crímenes que no cometí y no sabría lo que hoy sé. Hawkins me escuchaba en silencio. Meditando.

—Eso es todo, teniente —dije—. Ahora pregunte lo que quiera. Hubo un corto silencio. El policía meditaba profundamente.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Hawkins, al fin.

—¿El qué?

—¿Salir del restaurante?

Reí.

—Aproveché un oportuno apagón.

—No lo creo.

—Ése es ya su problema, Hawkins. Pero fue así —mentí descaradamente para no comprometer a mi amigo Li-Wang-Pen.

—Finney estaba en medio del corredor. Tuvo que rozarse con él para ir hacia la salida.

—No llegué hasta donde estaba el sargento. Sin luz no podía permitirme riesgos. Me metí en la cocina. Su puerta está entre la escalera del sótano y el lugar donde estaba el sargento. Una vez allí, salí por la puerta posterior.

No era la verdad, pero era factible y Hawkins se lo tragó.

—Tuvo mucha suerte con el apagón, Nelson —gruñó el teniente.

—Sí —dije cínicamente.

—Bien, Nelson. Es mejor que me aclare este embrollo. Voy a darle un margen de confianza.

Oprimió un timbre y entró un escribiente, que ya esperaba órdenes fuera.

Empecé por el principio y se lo conté todo, con gran cantidad de detalles. Todo iba quedando minuciosamente registrado.

Hawkins escuchaba en silencio.

Cuando terminé, me miró fijamente.

—Tal vez le juzgué mal, Nelson. En todo caso, lo que le reprocho es que no me hablase clara la otra noche. —Luego, dirigiéndose al escribiente, añadió—: Puede salir y pasar en limpio la declaración de Nelson. Cuando la tenga pasada a máquina tráigala.

—Reconozca que nunca me dio facilidades, Hawkins. Era lógico que le rehuyera —dijo cuando el escribiente hubo salido.

—Bien —gruñó Hawkins—. Es de sabios rectificar. En mí tiene un amigo, Nelson. Espero que no me defraude.

Sonreí y le tendí mi mano por encima de la mesa.

Hawkins la estrechó con calor.

—Entonces estos planos son falsos, ¿no es cierto? —dijo tomando de encima de la mesa los planos que yo había fabricado y que le habían sacado del bolsillo al cadáver de Hermann.

—Exacto.

—Y los buenos estarán en el correo. ¿No es demasiado riesgo, Nelson?

—Ya los habían perdido —aduje con sencillez.

—¿Qué piensa que debemos hacer ahora? —dijo el teniente tras un breve silencio—. Ir a por Mrozewski. Esos planos serán el señuelo. Traerlo aquí y pretender que confiese podría ser un fracaso si resulta ser un tipo duro.

Hawkins asintió.

—Sí. Está en lo cierto. Pero me gustaría estar cerca.

—Será conveniente. No sabemos si está solo. Luego iremos a por ese traidor de Melvyn Brandon.

Sonaron unos discretos golpes en la puerta.

Hawkins autorizó la entrada y Finney entró secándose el sudor.

—Ese Bud es un tipo realmente duro, teniente, pero espero que los muchachos lo ablanden en poco tiempo. ¿Cómo le va con éste? —me señaló.

—El exteniente Nelson colabora con nosotros en este caso, sargento.

Finney se atragantó.

—¿Cómo dice, teniente?

—Ya lo oyó, Finney —intervine sonriente—. Mi amigo Hawkins fue claro y conciso.

Colaboro con ustedes.

El sargento no supo qué decir. ¡Debía estar soñando! ¡Aquello no podía ser real!

—Sargento —añadí—, me gustaría recuperar mi Colt que quedó en el apartamento de la señorita Simms tras la refriega. Es la única arma que había sin silenciador.

Finney estaba visiblemente incómodo. A decir verdad, no entendía una sola palabra. Se había acostumbrado como su jefe y no sentía la menor simpatía por Roy Nelson.

—¿Puedo telefonear a mi secretaria desde aquí? —pregunté, pensando en la apenada Rosie.

—Puede pasar al despacho del capitán y hacerlo tranquilamente desde allí mismo. No hay nadie ahora y nadie le molestará.

No hacían falta más indicaciones. Conocía de memoria el despacho y me dirigí allí.

Finney se volvió al teniente.

—¿Es cierto lo que ha dicho Nelson, teniente?

—Sí, Finney. Nelson es un tipo duro y poco ortodoxo, pero he llegado a convencerme de que es un fiel servidor de la ley. Lástima que dejara el cuerpo. Es muy inteligente. No son muy corrientes en la policía los tipos como él.

Finney no salía de su asombro. Aún lo reflejaba su rostro cuando regresé al despacho.

Rosie tuvo una gran alegría al saber el desenlace de mi conversación con Hawkins. No había echado aún el correo y le dije que no lo hiciera. Ya lo entregaríamos al día siguiente al FBI. Esto me hizo recordar algo, en lo que ya había pensado mientras le contaba la historia al teniente, y me dirigí a Hawkins.

—Oiga, teniente. Hay algo que me intriga y que ya antes le había querido preguntar. ¿Cómo se hace cargo del caso la policía metropolitana, en lugar del FBI, habiendo muerto uno de sus muchachos?

—Miller no lo era ya, Nelson, aunque creo que lo es uno de sus hermanos —dijo Hawkins, sorprendentemente—. Lo había sido, pero lo expulsaron como sospechoso de aceptar sobornos, aunque nunca se lo pudieron probar. Sin duda, no obstante, tenía la confianza de Albert Brandon, o quizá éste ignoraba que su amigo ya no pertenecía a los federales.

—Sí. Eso lo aclara. El único punto oscuro que aún veo es cómo pudieron identificar a Miller como el hombre que debía contactar con Brandon.

—Eso Bud nos lo dirá —intervino Finney, con una mueca feroz—. Ese cerdo no tardará en cantar. Todo lo que sabe.

—Y en cuanto a Melvyn Brandon..., ¿ya lo vigilan?

—Ese pájaro no volaría muy lejos —rió Hawkins.

—Bien. Eso me tranquiliza. Pero aún y así, no entiendo cómo no interviene el FBI. Melvyn Brandon trabaja en la NASA...

—No saben la relación que hay entre esos crímenes y Brandon —volvió a reír Hawkins, con expresión astuta—. Por esta vez les daremos a los federales el pastel cocinado.

Sonreí. Me halagaba esa idea. Debía ser un resabio que aún me quedaba de haber pertenecido al cuerpo.

—Bien, Nelson. ¿Cómo organizamos la caza de ese profesor Mrozewski?

Durante largo rato estuvimos discutiendo la forma de acabar con aquel grupo de espías. No podíamos ir a la brava y detenerlos. Teníamos que cogerlos con los documentos en la mano. El plan que convinimos era ciertamente arriesgado, pero el más idóneo.

Iba a jugarle la piel, pero eso no me venía de nuevas.

CAPÍTULO XII

Mrozewski habitaba en un arrabal de San Francisco. Había algunas residencias desperdigadas por allí. No tardé en encontrar la suya. La dirección correspondía a la que tenía anotada.

Había telefoneado antes anunciando mi visita. Bastó que dijera que tenía unos documentos de un tal Brandon en venta para que fuese citado.

Llamé.

Abrió un tipo con aire de pistolero, extremadamente delgado. No era el tipo de gorila que esperé encontrar.

Su rostro era pálido y de mirada penetrante. Sus ojos parecían los de un reptil.

—¿Qué desea? —Gruñó.

—Me llamo Solly —mentí de acuerdo con el plan.

No respondió, pero se hizo a un lado para que yo entrase.

—Sígame —dijo.

—¿Es usted Stefan Mrozewski? —inquirí.

—No —dijo, secamente—. Pero sabía que vendría.

Llegamos ante la puerta de un despacho y él la abrió, invitándome a entrar.

Me detuve apenas había dado dos pasos y me pregunté si no había subestimado las situaciones y me estaba metiendo en un verdadero avispero.

Había dos hombres más junto a la mesa, de pie y mirándome con poca simpatía. Eran calcados a Bud y a Hermann. Otro con gafas estaba sentado tras la mesa, debía ser el profesor.

—¿Quiénes son éstos? —pregunté, dirigiéndome a este último—. Creí que era un asunto reservado para ambos el que venía a tratar.

—Y lo es. Pero estos caballeros son amigos míos de toda confianza. Y digámoslo así, también como si fueran mis socios. He querido tener su visto bueno para cerrar el trato con usted.

—No me gusta eso —mascullé, mientras la puerta se cerraba suavemente tras de mí y cara pálida engrosaba el grupo colocándose a la derecha de Mrozewski.

El profesor se encogió de hombros.

—¿Cómo tiene usted esos documentos?

—Alguien los perdió y sé que usted los buscaba. ¿No es eso suficiente?

—Tal vez por el momento. ¿Cuál es su precio?

—Cien mil —dije a ciegas.

Me miró fijamente.

—¿Sabe lo que vende?

—No. Pero sé su valor.

—Viene con muchas exigencias. ¿Cree que está en condiciones de hacerlas?

—Claro.

—Podría no salir de aquí —dijo suavemente.

—Y usted perdería para siempre las fórmulas que busca...

—Tengo medios para convencerle...

El tipo delgado extrajo una pistola con tubo silenciador del interior de su americana.

—No cerraré ningún trato sin garantías, Mrozewski. No me gusta esa pistola apuntándome.

—No es más que una precaución, señor... Nelson.

Oír mi verdadero nombre me deja helado, Algo no funciona bien. Los periódicos no mencionaban mi nombre relacionado con ninguno de los asesinatos. ¿Qué sabía, pues?

—No es necesario perder tiempo —dijo secamente el profesor.

—Tiene razón, Mrozewski. ¿Puedo sentarme?

Sin esperar su respuesta me adelanté hasta sentarme en uno de los dos butacones que había frente a la mesa.

Llevaba en la mano un pequeño aparato del tamaño de un botón de abrigo que emitía cuanto se hablaba al receptor que Hawkins tenía instalado en el coche que tendría aparcado no lejos de allí. Lo dejé caer por el costado del sillón al sentarme. Tenía una extraordinaria potencia e incluso estando tan tapado captaba perfectamente todo cuanto se decía.

—Quiero garantías antes de mostrar esos documentos. He venido a venderlos, no a regalarlos.

—¿No es un poco raro que un detective privado colabore con la venta de ciertos documentos? —dice el «flaco» que me ha abierto la puerta.

—Hasta los detectives necesitamos dinero, amigo. Y a mí me gusta vivir bien.

—¿Trajo los documentos?

—¡Claro! A mí me gusta jugar limpio. ¿Tiene usted el dinero?
Mrozewski rió.

—¿De veras creyó que iba a pagarle?

Los demás también rieron a carcajadas.

Lo había esperado, pero seguí con la comedia.

—Eso no es ético, Mrozewski...

—¡Los planos! —exigió, alargando la mano—. Alguna compensación le daremos.

¿Verdad, muchachos?

Los gorilas sonrieron con placer.

Intuí lo que me esperaba si Hawkins no llegaba a tiempo.

Llevé la mano al bolsillo inferior de mi americana.

—¡Cuidado! —gritó el tipo flaco—. ¡No lo hemos registrado!

Su aviso llegó tarde, cierto que rocé la culata del revólver que había recuperado de manos de Finney, pero sólo saqué el sobre de papeles.

La tensión disminuyó.

—No voy armado —mentí con descaro.

Stefan Mrozewski tomó el sobre. Todas las miradas convergieron en él y olvidaron lo de registrarme. El hecho de que no sacase un arma los convenció tal vez de que no la llevaba.

El profesor desplegó los papeles sobre la mesa y se puso a contemplarlos con detenimiento.

Aquello me alarmó. No había previsto que pudiera conocer y comprender su contenido, si era así...

Transcurrieron un par de minutos en absoluto silencio.

El ceño de Mrozewski se iba frunciendo a medida que giraba las páginas.

—¡Falsos! —Gruñó de pronto—. ¡También son falsos!

Su rostro se congestionó.

—¿Dónde están los verdaderos, Nelson? No juegue conmigo. Sería su último error.

—Le mentí antes, profesor —dije con mi desfachatez habitual para estos casos—. No los traje conmigo.

—¿Dónde están?

—En la caja fuerte de mi despacho.

Mrozewski sonrió abiertamente ante mi asombro.

—Bravo, Nelson. Ahora nos entenderemos mejor. Traed a la chica —añadió, dirigiéndose a los dos elefantes.

Ambos se miraron y uno de ellos salió de la habitación.

Me pregunté qué tramaban. No tuve esa duda mucho tiempo. La puerta se abrió de pronto y escoltada por el mastodonte entró Rosie.

—¡Rosie! —dije saltando del sillón.

—¡Roy! —exclamó la muchacha, rompiendo a llorar.

La pistola del flaco se clavó en mi espalda. Me detuve.

—Bien —dijo Mrozewski—. Voy a explicárselo, Nelson. Supimos de su intervención por Carla. Vigilábamos su despacho. No pudimos hacerlos porque era seguida por la policía, pero luego cuando salió de casa de Carla y fue a la suya fue nuestra oportunidad. Registramos por si acaso su apartamento y encontramos un sobre de documentos. Creímos tenerlos e íbamos a soltar a la chica. Nada podía hacerlos vivos. Pero advertí como ahora que aquéllos eran falsos también, aunque no una copia de éstos o viceversa. Ahora está todo resuelto. Uno de mis hombres acompañará a su secretaria al despacho para que abra la caja y saque los documentos. Si no están allí, ella no saldrá viva de su despacho. ¿Comprendido?

Ahora entendía lo que dijo al principio Mrozewski. —«¡También son falsos!»—. Se refería a los que todos considerábamos auténticos, a los que Brandon dio a Sonia. A los que ya llevaban por lo menos cinco muertes por su causa. ¡Y eran falsos! ¿Dónde estaban los verdaderos? Mi cerebro trabajaba intensamente tratando de hallar una salida. ¿Dónde estaría Hawkins? ¿Por qué no intervenía?

—¿Me oyó, Nelson? ¿Está seguro de tenerlos en su oficina?

No veía salida con Rosie allí. Tanto si venía Hawkins como si se retrasaba, ella iba a correr un gran peligro. Tenía que sacarla de allí. Pero ¿cómo?

—Los tengo en mi apartamento. Le mentí antes, Mrozewski, porque quería estar seguro de cobrar. Le daré la llave a mi secretaria, ella puede traerlos, conoce la combinación de mi caja.

Están dentro de un sobre amarillo.

Mrozewski vaciló unos segundos.

—Está bien —dijo—. Kenton la acompañará. Pero le recuerdo que será mejor para ella que sea cierto.

Tragué saliva. Contaba con que Hawkins los detuviera al salir. En caso contrario, pondría a Rosie en un apuro. La miré fijamente. Sin duda, ella se preguntaba por qué mentía, pero nada dijo.

Saqué las llaves del piso de mi americana y las tendí al tal Kenton que era uno de los dos gorilas.

Me las arrebató de un manotazo y cogiendo a Rosie por un brazo se dirigieron hacia la puerta.

—Adiós, Roy —dijo la chica, volviendo la cabeza.

—Hasta luego, Rosie —sonreí.

Salieron.

Se hizo un pesado silencio. Ninguno de los cuatro hablábamos.

Lo rompí, de pronto, dirigiéndome a Mrozewski:

—¿Puedo fumar? —Fume si quiere.

—Gracias —dije metiéndome la mano en el bolsillo interior de la americana.

Confiaba en que Rosie estaría ya en manos de los policías. Hawkins habría oído todo lo que habíamos hablado y comprendería el problema en que se hallaba la chica. Pero ¿por qué diablos se retrasaba?

Mi mano rozaba por igual mi pitillera y la culata del Colt.

Mi rostro era inexpresivo y mi gestó totalmente natural. No obstante, noté fija en mí la mirada del tipo flaco.

Estaba a punto de sacar el revólver en lugar de la pitillera y empezar los fuegos artificiales, pero algo me contuvo.

La puerta se abrió con cierta brusquedad y dos nuevos individuos hicieron su aparición.

—¡Hola, Sergei! —saludó Mrozewski, levantándose.

Uno de los recién llegados, bajito, grueso y con un enorme habano en la boca, dijo:

—Hola, Stefan. Nos abrió uno de tus muchachos que salía con una chica. Me dijo que estabais aquí reunidos.

Stefan miró suspicazmente al acompañante del gordo. Llevaba un maletín en la mano izquierda. La derecha la tenía hundida en el bolsillo de su americana.

—Es Boris Kalenko, mi secretario. Siempre me acompaña en ciertas circunstancias, Stefan.

—Hace ya rato que salió la chica —dijo Stefan, pensativo—. ¿Por qué no entrasteis antes?

—Me gusta conocer el terreno. Sabes que soy precavido. No debes molestarte por eso. Simplemente echamos un vistazo.

Mrozewski gruñó no muy satisfecho por la conducta de los recién llegados.

—¿Tienes los documentos a punto, Stefan? —preguntó suavemente el llamado Sergei.

Yo, mientras tanto, había sacado mi pitillera. Eran demasiados para mí. Sin duda, Hawkins los había visto llegar y había querido esperar a tener el cesto lleno. Sería cuestión de minutos el que comenzase el baile.

—Han ido a buscarlos, Sergei. Siento el retraso.

Sergei hizo una mueca de desagrado.

—No me gusta eso, Stefan. Sin tenerlos no debiste avisarme.

—Creí tenerlos. Pero alguien —y me señaló— quiso jugármela.

Sergei reparó entonces en mí.

—¿Polizonte? —inquirió.

—No. Es sólo un fisgón que se cree muy listo. Pero está aquí contra entrega de los documentos. Kenton y la chica no tardarán en llegar con ellos.

—Mejor que sea así. No hubiera venido de saber que no los tenías aún. No me gusta pasear ciertas cantidades de dinero. Me has mentido, Stefan.

—No, Sergei. Simplemente por dos veces intentaron darme planos falsos.

—Cometió un error muy peligroso, señor —dijo, dirigiéndose a mí el llamado Sergei.

Me encogí de hombros. Estaba totalmente de acuerdo con él. ¿Dónde diablos se había metido Hawkins?

Un ruido en la puerta del exterior me reveló que al fin estaban allí.

Se miraron unos a otros y se levantaron dirigiéndose a la puerta, la mayoría con las armas en la mano, olvidándose de mí por el momento. Ésta fue mi ocasión, desenfundé mi Colt y encañoné las cinco espaldas que tenía frente a mí.

—¡Tiren las armas! —dije fríamente—. La función terminó.

El flaco debía ser sordo, volvió hacia mí su cañón con una malévola mirada en sus ojos.

El Colt brincó en mi mano.

El tipo dio un salto atrás. Tenía una roja mancha de sangre en el lado izquierdo del pecho.

Boris Kalenko lo intentó también y recibió un balazo en el hombro que le hizo soltar su arma.

Los demás eran presa del mayor desconcierto.

La puerta se abrió violentamente y Hawkins y un grupo de policías irrumpió en la estancia.

Mrozewski, Sergei y el mastodonte levantaron los brazos antes de que nadie se lo pidiera.

Buenos chicos.

Yo permanecía sentado en el sillón con el Colt en la mano.

Hawkins me miró con admiración, aunque me tiró una indirecta.

—Le gusta trabajar cómodo, ¿verdad, Nelson?

—¿Tiene a la chica, Hawkins? —pregunté.

—Sí, su secretaria está a salvo. Cogimos al tipo como un gorrión cuando abría el coche.

Recogí el chivato que había dejado caer en el sillón y se lo tendí a Hawkins.

—Oyó lo que dijeron.

Hawkins asintió.

—¿Sabe lo que significa?

—Imagino lo que quiere decir, Nelson. Que los planos auténticos los tiene Melvyn Brandon. En esa maldita banda todos querían jugársela a los demás. Lo tenemos bien vigilado. Podemos esperar a mañana para ir a por él.

Asentí.

Finney y los demás policías ya habían desarmado a los cuatro peces. Recogí el maletín de Kalenko y se lo entregué a Hawkins.

—Póngalo a buen recaudo. Dentro hay tres millones de dólares.

Hawkins silbó.

—Iré temprano a su oficina mañana, Hawkins. Buscaremos la mejor forma de acabar con este embrollo. Los chicos del FBI estarán contentos cuando les entregue su presa. A lo mejor ya tenían fichados a Sergei y a Kalenko.

—Nuestra pesca —corrigió Hawkins, sonriendo y estrechándome la mano.

—¡Hasta mañana! —dije—. Voy afuera a recoger a la chica. Salí al exterior.

Rosie me esperaba angustiada por los disparos, apoyada en uno de los coches policiales.

—¿Estás bien? —pregunté, besándola suavemente.

—Ahora estoy mejor —sonrió—. Pero no lo tomes por costumbre, Roy.

—Sí. Ya sé —suspiré—. En fin, ¿qué te parece si vamos al Nueva Seúl a cenar? Tengo que dar a Li las gracias por su favor.

—Donde tú quieras, Roy. La verdad es que no he perdido el apetito.

Subimos en el auto que Li me había «prestado».

—Mañana tengo algo que hacer con Hawkins. Te agradecería que recogieras antes mi coche.

Le di las señas de donde lo había dejado.

—Así que los documentos que creíamos genuinos también eran falsos —murmuró Rosie—. ¿Dónde están, pues, los auténticos?

—En poder de Melvyn Brandon. Es lo único posible.

—¿Y por ese puñado de papeles sin valor ha muerto tanta gente? ¡Dios mío, es horroroso!

No respondí, pensaba en Brandon.

—¿Por qué me mandaste a tu casa con aquel tipo, Roy? Tú sabías que...

—Yo sabía que Hawkins se haría cargo de ti cuando salieras y tenía que sacarte de allí de algún modo, ¿comprendido, chica lista? De un momento a otro aquello se hubiera podido convertir en un polvorín.

—Lo sabía —dijo Rosie—. Pero quería que tú mismo me dijeras que te preocupaste por mí.

Me besó fugazmente y por un momento estuve tentado de cortar el encendido, soltar el volante y...

Pero seguí conduciendo camino del Nueva Seúl.

CAPÍTULO XIII

Li nos hizo una profunda reverencia cuando entramos.

—Bien venido, mi etéleo amigo —sonrió.

—Gracias a ti, Li. Me hiciste un gran servicio.

—Debel de amistad honla a quien lo plactica.

—Te dejé el coche en el garaje. Sólo encontrarás a faltar el arma en la guantera. No creí prudente devolvértela habiendo causado dos muertes.

—Estal plevista példida. Estal lógico.

—Gracias, Li. Luego me dirás qué te debo por todo.

—Agladecimiento sel mejol légalo pala humilde selvidol. Tal vez algún día yo pedil favol a mi amigo Nelson.

—Me gustará pagar mi deuda, Li. Cuando haya ocasión házmelo saber.

Li-Wang-Pen inclinó ceremoniosamente la cabeza e irguiéndose luego lentamente nos señaló una mesa.

—Señolita estal hoy muy helmosa. Señol Nelson tenel gusto exquisito.

Rosie se ruborizó levemente, mientras yo sonreía.

—Si señol Nelson quelel yo hacel otlo apagón —rió por lo bajo, guiñándome picarescamente un ojo, mientras partía en busca de la carta.

El rostro de Rosie adquirió el color de la grana.

—Es una broma de Li —le dije—. Y no te molestes por ello, pero me gustaría.

Dejé a Rosie en su apartamento y luego con el mismo taxi me hice acompañar al mío.

Tenía ganas de descansar, el día había sido agotador. Si bien había resultado positivo, especialmente para mí en cuanto a mis relaciones con Hawkins, en el presente caso no me importaba que

los triunfos fueran suyos, al fin y al cabo yo no tenía cliente a quien ofrecerle un resultado.

Los asesinos de Sonia ya tenían su merecido. Carla había resultado una chica estupenda, en la cama, claro. Fuera había sido una cobra. Y había muerto, víctima de su propio plan.

Ya nada me ligaba a aquel caso. Sin embargo, tenía el prurito de verlo concluido, ya que prácticamente yo lo había comenzado.

¿Tendría Melvyn Brandon los auténticos planos?

¿Los habría vendido? ¿A quién? ¿A otra potencia? ¿A otro grupo de la misma?

Algo no funcionaba en todo ello. Algo que desde el fondo de mi mente pugnaba por manifestarse. Pero ¿qué diablos era?

El taxi llegó ante la puerta de mi domicilio y se rompió el hilo de mis pensamientos.

Pagué y me apeé.

Cuando llegué ante la puerta me acordé de algo y sonreí. ¡Había dado a Rosie mis llaves en casa de Mrozewski!

Era una buena excusa para volver a casa de Rosie y pedírselas, pero no tenía humor para nada, de modo que saqué mi estuchito del interior de la americana y abrí la puerta de la casa y luego la de mi apartamento. A veces es práctico tener ciertos conocimientos.

Me preparé una buena dosis de Johnny con hielo y me estiré en la cama.

No podía dejar de pensar en que tal vez hubiera una pieza mal encajada.

No era lógico que Melvyn Brandon conservara los planos. ¿Para qué mezclar entonces a Carla, Mrozewski y a su propio hermano en el lío?

No. Brandon no tenía posiblemente los planos. Pero si era así, ¿dónde estaban? ¿Cómo habían podido esfumarse?

Conocía la solución, estaba seguro. Tenía que ser algo muy fácil, aunque ahora se me escapaba.

Me incorporé. Me bebí el *whisky* casi de un trago.

Miré el reloj.

Era muy tarde y tendría que madrugar.

Hawkins me esperaría para el acto final.

«¡Quién sabe! —pensé mientras me desnudaba—. Tal vez sí que Melvyn Brandon tenía los famosos planos. Tres millones de dólares

era una suma muy importante para pensar en repartirla».

A las nueve menos diez de la mañana entraba en el precinto. Algunos de los policías me saludaron, otros me esquivaron. No me importó. Estaba curado de ese mal. Fui directo a mi despacho, que ahora ocupaba Hawkins.

Llamé con los nudillos y entré cuando una voz me autorizó.

—¡Buenos días, Hawkins! Aquí me tiene.

—Veo que es puntual, Nelson. Siempre creí que los fisgones dormían más.

—Quizá a mí me queden ciertos resabios.

Kenneth Hawkins rió.

—Yo aún no pude ir a casa —dijo—. Los policías no duermen, ¿lo sabía?

—Me lo contó una vez un teniente —gruñí; luego, añadí—: ¿Pensó en algo?

Hawkins asintió levemente.

—Como ya le dije, Nelson. Tenemos bien vigilado a nuestro pájaro del pequeño laboratorio experimental de la NASA en Oakland. Sólo tenemos que ir por él.

»Brandon había llevado personalmente la operación de venta. Fue él quien contactó con Sergei Iodorovitch y Boris Kalenko. Mrozewski no hizo más que cruzarse en esa transacción, diciéndole a Sergei que él y nadie más que él tenía los planos. Acusó a Brandon de estafador. Le dijo que ayer tendría los planos y por ello era con él con quién debía cerrar la operación, no con Brandon. Por eso Sergei acudió con el dinero.

»Eso quiere decir que Brandon no ha vendido aún los planos, puesto que esperaba a Sergei. Sin duda pensaba hacer directamente la operación, dejando que los demás se mataran por un puñado de papeles sin valor.

»Sólo tenemos que ir allí, Nelson. Tengo una orden de detención especial. Si los muchachos del FBI pusieran inconvenientes les daremos en la cara con las “conversaciones” de Sergei y Kalenko. Una vez cante Brandon les entregaremos los planos y toda esa pandilla a los federales. Me gustará ver su cara de asombro».

—¿Cuándo salimos hacia allá?

—Cuando esté listo, Nelson. Nos aguarda un helicóptero en el campo de aviación. Por cierto, ¿lleva pistola?

Moví la Cabeza negativamente.

—Mi Magnum la dejé en la guantera de mi coche.

—Tome —dijo, y me alargó un revólver de reglamento.

Dos horas más tarde estábamos ante el laboratorio. Un hombre vino a nuestro encuentro.

Hawkins hizo las presentaciones.

—Roy Nelson, investigador privado —dijo, señalándome—. El sargento Ryder, de la policía de Oakland.

Nos estrechamos la mano. Hawkins había trabajado aquella noche.

—Lo tenemos bajo vigilancia como convinimos, Hawkins. Cuando quieras vamos a por él.

Hawkins me miró y asintió.

Nos pusimos en marcha hacia el edificio.

Pese a las placas de los policías, la guardia del laboratorio no nos permitió la entrada; sin embargo se brindaron a traer ante nosotros a Melvyn Brandon, cuando exhibimos, la orden de detención que traíamos.

Apenas aguardamos diez minutos y tuvimos a Brandon ante nosotros.

Vestía bata blanca. Mediría un metro ochenta, cabello canoso, de unos cuarenta y ocho años, de fuerte complexión y ojos claros. Su aspecto era agradable y su sonrisa irradiaba simpatía. Indudablemente no le habían comunicado el motivo de nuestra presencia.

—¿En qué puedo servirles, caballeros? —preguntó.

—¿Es usted el profesor Melvyn Brandon? —inquirió Hawkins.

El recién llegado asintió.

—Entonces dese preso en nombre de la ley. A partir de este momento, cualquier cosa que diga o haga podrá ser tomada en contra suya.

—¿De qué se me acusa? —dijo fríamente Brandon.

—De espionaje e instigación y complicidad en asesinatos múltiples.

—Caballeros, temo que están ustedes en un error. Hace mucho tiempo que no salgo de este edificio... Ignoro a qué viene todo esto.

—¿No lee los periódicos, Brandon? —intervine.

—No, estos últimos días.

—Entonces, ¿no sabe que su hermano fue asesinado?

Melvyn Brandon dio un paso atrás y su rostro reflejó la sorpresa.

—No. No sabía nada —dijo anonadado, al parecer.

—¿Le dicen algo los nombres de Bud, Hermann, Mrozewski, Carla Simms, Sergei Iodorovitch y Boris Kalenko? —dijo Hawkins, con sorna.

Brandon había palidecido por segundos.

—¿Dónde están los planos? —Siguió Hawkins.

Brandon seguía callado.

—Es inútil, Brandon, será mejor para usted que colabore. Estamos al tanto de toda la operación.

—Si tan bien conocen esa operación, sabrán que yo no tengo ningún plano. Pueden registrar mi habitación y mis pertenencias.

—No se preocupe que lo haremos —gruñó el sargento Ryder.

—Y ahora déjeme. No pueden acusarme de nada.

—Tenemos grabada una conversación suya con Carla Simms muy interesante, Brandon —mentí a la brava.

Brandon se derrumbó.

—Está bien, les acompañaré —musitó—. ¿Y los planos? —insistió Hawkins.

—Les dije la verdad —dijo cansadamente Melvyn Brandon—. Yo no los tengo.

Nos llevamos a Brandon, sin decir nada a los muchachos del FBI. Hawkins quería para sí toda la gloria.

Los muchachos de Hoover se llevarían una buena sorpresa al leer los rotativos de San Francisco.

Sólo persistía un interrogante.

¿Dónde estaban los planos?

CAPÍTULO XIV

Estábamos sentados en el Nueva Seúl con Rosie y con el teniente Kenneth Hawkins.

Hawkins había destacado a los chicos de la prensa mi colaboración en el éxito del desmantelamiento de la banda de espías. No era mal tipo. Ambos nos habíamos juzgado mal. Eso subía en unos enteros mi cotización como investigador privado.

Los del FBI se llevaron una pataleta.

De no ser por mi curiosidad por un sobre aún seguirían *in albis*.

Li, a pesar de que su rostro era una máscara impenetrable, debía estar sorprendido de la cordialidad que reinaba entre Hawkins y yo.

Silenciosamente se aproximó a la mesa con la carta que le habíamos solicitado para elegir la comida.

—¿Cómo están hoy los fusibles, Li-Wang-Pen? —preguntó Hawkins, con sorna.

—Todo sel bueno en Nueva Seúl, teniente —sonrió Li, amablemente.

—No te he perdonado aún la jugarreta —gruñó éste.

—Es de sabios peldel y de justos peldonal —dijo sentenciosamente el chino.

Pero Hawkins había llevado un par de días agota dores y no estaba para sutilezas, por lo que entrecerrando los ojos, gruñó:

—Al menos en mi presencia procura que no se fundan de nuevo.

Li-Wang-Pen hizo una leve inclinación y se retiró unos pasos, mientras elegíamos los platos.

Me pareció sorprender una fugaz sonrisa en sus labios. Sin duda recordaba la pesada broma que le gastamos al teniente.

Comimos con buen apetito. El Nueva Seúl tenía una gran cocina. Ya a los postres, Hawkins murmuró:

—Lástima que no encontrásemos los malditos planos. Brandon, efectivamente, no tenía esos documentos. El confiaba en Carla y en

su hermano.

—Anteayer estuve pensando mucho en eso, Hawkins. Tengo la certeza a veces de que sé dónde están. Pero la idea se me desvanece y vuelvo a estar como antes. Alguna pieza del rompecabezas no casa. Pero ¿cuál?

—Ninguno de los que permanecen vivos sabe nada, Nelson. Por cierto, ¿quiere conocer una anécdota graciosa? El dinero que había en el maletín que traía Boris Kalenko es falso.

—¿Falso? —Me entraron ganas de reír, dentro de lo dramático de la situación. Todo el mundo matándose por tres millones de dólares que no eran sino cromos.

—Una hermosa moraleja, teniente —dijo Rosie, sentenciosamente—. El crimen no paga.

—Una gran verdad —asintió éste—. Si tiene alguna idea sobre dónde pueden estar los documentos, avíseme, Nelson.

Asentí.

Ahora éramos más a su caza. El FBI también debía buscarlos.

Conducía mi Chrysler camino de la oficina. Rosie estaba sentada a mi lado. Ibamos en silencio.

Pensaba. No podía quitar de mi cabeza los malditos documentos. Y ahora volvía a mi aquella extraña sensación de que tenía la solución al alcance de la mano.

Miré fugazmente a Rosie. Parecía distraída mirando por la ventanilla. El borde de su falda estaba muy por encima de las rodillas. Sus hermosas piernas enfundadas en fino nylon fueron alejándose del rompecabezas.

Eran unas piernas largas, bien torneadas, de las más bellas que había visto. Casi perfectas.

Rosie intuyó que la miraba. Clavó sus ojos en mí con un mudo reproche y sin decir nada bajó su falda, rompiendo el encanto.

Ninguno dijo nada. Volví a repasar los sucesos en mi mente por enésima vez. Era como pasar una y otra vez la misma película.

Entonces, de pronto, lo vi todo diáfano. Tenía la solución.

Era lo único que forzosamente podía haber ocurrido. Ya sabía quién se había apropiado de los planos.

Reí como un estúpido, llamando la atención de Rosie.

—¿Qué te pasa, Roy? —inquirió con cierta preocupación.

—La solución, Rosie. Ya la tengo. Ya sé quién tiene los

documentos.

—¡Oh, Roy! ¡Eso es maravilloso!

—No vamos ya a la oficina, Rosie. Vamos a buscarlos.

—No me lo perdería por nada del mundo, Roy.

—Te llevo porque no creo que sea peligroso... Vamos al Paradise Motel.

—¿No será un truco suyo, jefe? He visto cómo me miraba...

—No seas tonta, Rosie. Estamos trabajando, ¿comprendes?

Rosie asintió no muy convencida.

Mi fama era todo un poema.

Sumido cada uno en sus pensamientos, tomamos la carretera 40 a Richmond.

Cuando llegábamos a la gasolinera donde había comenzado la historia, le indiqué a Rosie que pararíamos para poner carburante. Era curioso que siempre llegase a aquella estación de servicio con la aguja marcando el punto rojo.

—Puedes llamar desde aquí a Hawkins. Dile que venga para recoger los planos y efectuar una detención.

Rosie asintió.

Nada más llegamos, mi secretaria bajó del coche y fue hacia la cabina telefónica.

Mientras llenaba el depósito la vi manejar el directorio telefónico un par de veces.

Tardó un poco, pero al fin llegó sonriente.

—Todo arreglado, Roy. Hawkins saldrá dentro de un momento hacia aquí.

—Pues vamos. Anda, sube.

Rosie subió.

La miré extrañada. Parecía muy contenta. Más que hacía un rato. Puse la llave en el contacto y arrancamos.

Poco después pasábamos por el lugar donde paré para recoger a la pobre Sonia.

Y al fin llegamos a la vista del Paradise Motel.

Aparcamos en la playa que había delante de la recepción y bajamos cerrando el coche.

Nos dirigimos a la cabaña recepción.

El tipo de los ojillos porcinos está allí tras el mostrador. Mira a Rosie especulativamente y luego posa su vista en mí. Sufre un

sobresalto al reconocerme.

Es lógico. Tal vez me cree el autor de la carnicería de días atrás.

La pluma escapa de sus manos y empieza a sudar copiosamente. Mira a Rosie nuevamente y esta vez lo hace con pena. ¿Temerá que todo vuelva a empezar?

¿Cómo me hace quedar a mí, el muy animal?

No aparta su mirada del teléfono.

Interviene Rosie diciendo:

—Denos un *bungalow* al señor Nelson y a mí. ¿Tiene el uno?

Rosie me deja boquiabierto. ¿Qué pretende? ¿Por qué el uno?

—¿Es que aún no ha comprendido?

—¡Ah, el uno! Sí, claro. Está abierto. Encontrarán las llaves en la puerta —dice, esbozando una sonrisa.

Aquello no es habitual, pero Rosie sonríe y sigo la corriente.

Hay una pequeña barra de bar que atiende también el tipo, aunque hay más personal. Como tengo el propósito de esperar a Hawkins, le propongo a Rosie tomar un combinado.

El tipejo sale de detrás del mostrador con poco agrado. Sin duda en algún cajón bajo el mostrador tiene alguna arma y eso la aleja de ella. Por la forma en que me mira me debe creer un loco homicida. Sin duda, no leyó el periódico de la mañana.

Rosie toma un champaña cocktail y yo, para variar, un Johnny con mucho hielo.

No hemos venido muy rápidos y teniendo en cuenta que hemos avisado a Hawkins desde algo menos de medio camino, calculo que ya debe estar a punto de llegar.

En efecto, transcurren Unos minutos y veo aparcar en el exterior un automóvil del que descenden Finney, Hawkins y un agente.

Sólo Hawkins penetra en el interior.

Parece algo sorprendido al vernos encaramados en dos taburetes y con una copa en la mano.

—¿Y bien? —Gruñe.

Echo un trago y luego señalo al encargado del motel.

—Ahí tiene a nuestro hombre, Hawkins. El tiene los documentos.

El tipo se encoge. A buen seguro desearía volatilizarse. Hawkins vacila un segundo y luego le muestra la placa.

—Policía —dice lacónicamente.

—Pensé mucho en ello, Hawkins. Al final llegué a una conclusión: los documentos que Albert Brandon entregara a Sonia, yo los deposité en ese buzón de la entrada. No es oficial. Como puede ver, tiene un candado, eso sí, pero es nuestro hombre quien debe tener la llave. Me vio dejar el sobre y de algún modo, que ya nos contará, conocía su contenido. No tuvo más que esperar a que todo hubiese pasado para abrir y sacarlos. Luego tuvo mi misma idea, hacer una pseudocopia y enviarla en su lugar. Teóricamente era una jugada perfecta para hacerse con unos planos que valen millones.

—¿Millones ha dicho? —murmuró el hombrecillo de los ojos porcinos.

—Sí —asentí gravemente.

—Creí que sólo eran unos miles de dólares —dijo casi para sí.

—¿No lo niega, pues? —intervino Hawkins.

—Para qué... Fue así. Pero yo nada tuve que ver con los asesinatos.

—Ya lo sé —dije—. Pero es culpable de apropiación indebida.

—¿Dijo que valían millones?

El hombrecillo salió de la barra y fue hacia el *comptoir* de la recepción. Abrió un cajón sin responder.

Demasiado tarde comprendí su propósito. Efectivamente hundió su mano dentro, pero cuando la sacó, no era un sobre de documentos lo que llevaba en ella, sin un revólver de corto cañón.

—Llevo los documentos encima. Sabía lo que representaban porque oí desde la centralita una conversación entre el hombre que se llamaba Miller y el que se inscribió como Art Berenson. Vi mi oportunidad cuando depositó ese sobre en el buzón —dijo señalándome—. Ahora ya los tenía. Pero no iba a intentar venderlo a una potencia extranjera. No hubiera sabido cómo contactar. Pero sí pensaba venderlos a nuestro gobierno. Si valían, bien pagarían por ellos y yo necesito dinero. Tú, guapa —añadió, dirigiéndose a Rosie—. Desármalos, sin ponerte delante. Sentiría que me obligaras a disparar.

Rosie vaciló. Me miró fijamente.

Asentí con un gesto.

Finney y el agente estaban fuera. No iría muy lejos.

Hawkins pensó lo mismo. Sonrió imperceptiblemente cuando

Rosie le desposeyó de su revólver de reglamento.

—Ahora deme esas armas, muñeca.

Rosie obedeció a regañadientes.

El hombrecillo, con la mano izquierda, hizo bascular los cilindros y con un golpe sobre el mostrador los descargó. Recogió los cartuchos, metiéndoselos en el bolsillo y tiró las armas vacías a un rincón.

—Ahora acompáñame, nena —dijo, dirigiéndose una vez más a Rosie—. Cogeremos mi coche. Si no nos siguen te soltaré pronto.

Me mordí el labio. No había previsto aquello.

—Echa para adelante —dijo el del motel, empujando con su arma a Rosie en la espalda.

Rosie se dirigió hacia la puerta. De pronto, cuando la hubo abierto, saltó a un lado.

El tipo se quedó apuntando hacia el marco vacío de la puerta que daba al exterior. Ésta fue mi oportunidad. Me lancé en plongeón. El hombrecillo se vino abajo, aunque sin soltar el revólver, lo agarré por una pierna. Se revolvió en el suelo como una anguila y me dio con el cañón en el rostro. Lancé un gruñido de dolor y lo solté.

Hawkins vino hacia nosotros a paso de carga.

Pero el tipo era más ágil que nosotros y se escurrió, lanzándose al exterior en loca carrera hacia un automóvil sin soltar el revólver.

Haskins, a mi lado, desde la puerta, gritó:

—¡Finney! ¡Donegan! ¡Detenganlo!

El sargento se llevó la mano a la axila.

El hombrecillo, asustado, disparó en su dirección.

El agente Donegan trastabilló, llevándose la mano al hombro derecho.

Finney no esperó.

—Lo quiero vivo —gritó Hawkins.

Demasiado tarde. Su grito se fundió con las detonaciones del revólver de Finney y el recepcionista del motel hizo unos extraños saltos antes de desplomarse de bruces.

En su espalda había tres agujeros por los que la sangre salía a borbotones.

Hawkins se acercó a él corriendo. Lo volvió cara al cielo y le registró ávidamente. Un sobre manchado de sangre fue lo único que

extrajo de sus bolsillos. Echó un vistazo a su contenido y sonrió. El caso estaba resuelto.

Mientras tanto, yo había acudido hacia Rosie que estaba arrodillada junto a la puerta. La ayudé a incorporarse. Se levantó un poco la falda.

Silbé de admiración.

No podía hacer menos ante unas piernas como aquéllas.

—No deja de pensar en mis piernas, ¿eh, jefe? Vamos, acompáñeme. Tenemos un *bungalow* reservado con las llaves en la puerta, ¿no recuerda? Necesito una fricción en la rodilla —añadió con picardía.

Estuve a punto de desmayarme. ¿Sería posible que al fin...?

Hawkins nos vio marchar y sonrió moviendo la cabeza. No nos llamó. Tampoco hubiera acudido.

Llegamos ante la puerta del *bungalow*.

—¿No va a entrarme en brazos, jefe? Estoy cojeando.

La cogí. Y con ella en brazos subí los escalones del porche.

Era como una hermosa pluma.

Ella alargó la mano y abrió.

Di dos pasos y la dejé suavemente en el suelo.

Aún no me había dado cuenta de que no estábamos solos.

Aún no había visto a nadie.

Aún estaba encandilado por aquel hermoso cuerpo.

Y entonces aquel carraspeo y la voz rompieron el encanto.

—Es usted la señorita que nos llamó por teléfono.

Rosie afirmó con la cabeza, sonriente, ingenua.

El hombre vestido de gris, con gafas y aladares blancos en las sienes señaló a las dos mujeres que le acompañaban.

—Ésta es mi mujer y esta mi hermana. Actuarán como testigos. También traigo las alianzas. Esto no es regular e incrementará cuarenta dólares más la ceremonia.

—¿Ceremonia? —balbucí, como un idiota—. ¿Qué ceremonia?

—Vamos, Roy. No íbamos a ocupar un *bungalow* de motel sin estar casados, ¿no crees? Recuerda que soy una chica honrada.

Y entonces, sí.

Entonces me desmayé.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

NOTAS

[1] Se calcula que el recorrido de sus tranvías suma ciento treinta kilómetros de línea. (N. del A.). < <